

La Esfera



Año II * Núm. 70

Precio: 50 cénts



Joan

Pinna



— A que no adivinas
lo que tengo en la
mano ...
— Jabón de
HENO de PRAVIA
No puede ser otra
cosa ...

A. Ehrmann .

La Esfera

Año II.—Núm. 70

1 de Mayo de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



Gamonal

LA REINA SOFÍA DE GRECIA, CON SU HIJO MENOR

DIBUJO DE GAMONAL

DE LA VIDA QUE PASA
 "QUE SEA POR MUCHOS AÑOS"

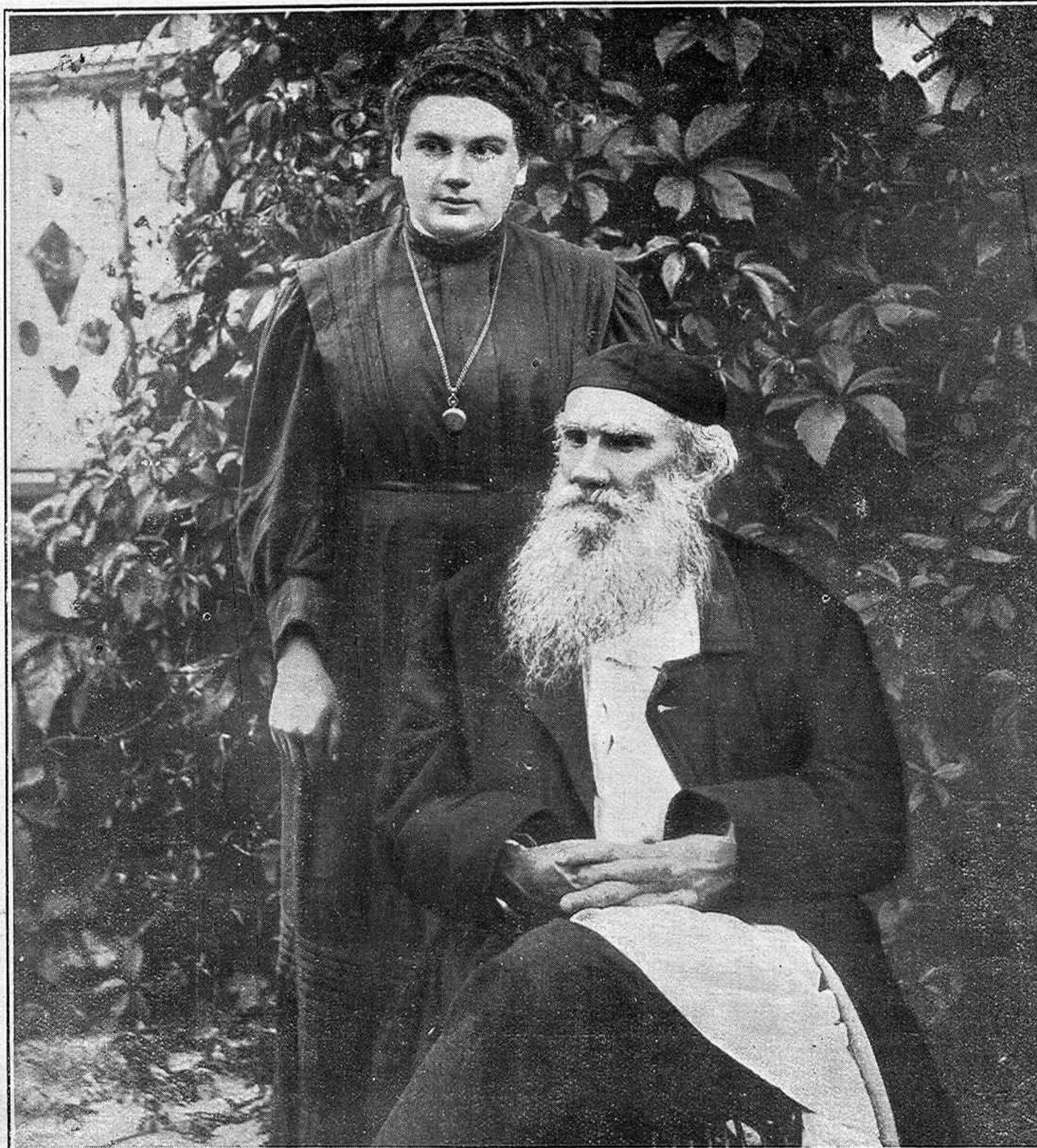
Con esa frase, de precisión clásica dan á entender las gentes, en el trato social, sus vehementes aspiraciones á la longevidad. Suponemos, sin error, que el más grande bien que podemos desearnos los unos á los otros, es una existencia dilatada. No importa el que, frecuentemente, á raíz de una decepción ó de un fracaso que comprometen, por el momento, nuestra paz interior, pensemos en desertar de la vida.

Esas ráfagas suicidas esconden, como advertía Schopenhauer, un gran amor á la tierra. Son más que impulsos de emigrar del planeta, gritos de despecho que exhala nuestro espíritu, al ver de cara la adversidad. En el fondo, anhelamos vivir. «No se cansan los ojos de ver ni los oídos de oír» dice el Kempis. Es cierto. Los más hondos dolores no alcanzan á desarraigar de nuestro ser el instinto que nos ata á la tierra. Maltrechos, caídos, degradados, en plena miseria y en el más bajo vilipendio, la perspectiva de la muerte sigue inspirándonos el mismo horror.

Por eso no es de extrañar que las gentes en sus efusiones de cordialidad se deseen, como el mayor bien, una larga existencia y que definan su voto con la clásica frase: «que sea por muchos años». Ese cuidado en la prolongación de los días rara vez se tiene en la juventud, que suele ser, de suyo imprevisora y generosa. Las preocupaciones defensivas se apoderan de nosotros cuando apunta la madurez. Antes, se dilapida la energía, sin fin. Luego viene el sentido del orden y de la medida. Traspuesta la cuarentena, el hombre no solamente lleva con rigor su contabilidad vital, sino que á menudo repara sus quebrantos con empréstitos que la química le facilita, casi siempre usurariamente.

Las planas de anuncios de los periódicos, son, para esos efectos, como lonjas de contratación. ¿Habrá medios para asegurar al hombre la longevidad? Desde el punto de vista económico, ni la pobreza, ni la opulencia, son garantías de una larga vida. El doctor Legrand, lo demuestra en su reciente obra sobre la materia. Ciertamente Luis XIV que «nunca negó á sus sentidos nada de cuanto desearon», ateniéndose á la frase del Eclesiastés, llegó á rondar los ochenta años; pero, no es menos verdad que San Francisco de Asís, privándose de todo le sobrepujó en vejez. El buen trato de la mesa tampoco asegura un largo vivir. El viejo proverbio latino *plures occidit gula quam gladius*, sigue siendo exacto. En eso de que la abundancia de alimentación acorta nuestros días, están de acuerdo el profesor Richek y el conde de Tolstoi, los cuales no se cansan de exhortarnos á la sobriedad, y está demostrado, con el testimonio de la demografía que duran más los flacos que los gordos. El exceso de alimentación engendra el artritis, padre de la arterioesclerosis.

Los atletas—dice el doctor Legrand—no obs-



León Tolstoi, con su hija Alejandra

tante su gran fuerza muscular, no suelen vivir largos años. Los factores de caducidad á que sucumben son los abusos. Como su desgaste orgánico es excepcional, comen y beben sin medida. En cuanto á los gordos, el doctor Lenen ha probado que pagan casi siempre anticipadamente su tributo á las Parcas. En las familias en que hay ejemplares gordos y flacos, se ha observado que son los últimos quienes sobreviven á sus consanguíneos. Concretándonos á las familias reinantes, es oportuno recordar que Luis VII, el Gordo, murió á los cincuenta y seis años, Enrique VIII, de Inglaterra, á la misma edad, y el Delfín, padre de Luis XVI, un monstruo de tejido adiposo, se despidió de la tierra bien prematuramente; á los diez y siete años. Ya en los límites de esa lista, no debemos omitir el nombre de Fernando VII, rey de España, que fué un respetable ejemplar de gordura, y murió á los cuarenta y siete años. Claro es que también su hija Isabel II pertenecía al grupo de los obesos y, sin embargo repasó, alegremente, la frontera de los setenta años. Pero, en fin, una golondrina no hace verano.

Cuando se citan casos de longevidad, las gentes sonríen incrédulas, porque, de ordinario, nadie los ha visto. En el libro del doctor Legrand, que viene á ser como el complemento de la obra de Jean Feinot, se citan, refiriéndose al siglo que acaba de transcurrir, diversos casos de personalidades centenarias; Gottfried Galle, decano de los astrónomos alemanes; Aerchembach, el pintor alemán; el actor Chesí; el general Osmond; Molinari, el economista; el ge-

neral Ward Alexis, presidente de la república de Haití; Heffert, el estadista austriaco; Schilling, el escultor alemán; el almirante Krantz; Julio Cazot; Paulina Viardot, hermana de la Malibran; Reiszet; el pintor Ziem; Mario, el artista italiano; Federico Passy, el literato francés; Fabre, que aún vive en Provenza, cultivando la entomología; el senador Magnin; el poeta Mistral, que acaba de morir, y otros muchos, notoriamente conocidos, que han bordeado ó traspuesto el siglo.

Los casos de personas habiendo vivido más de cien años, tampoco son raros. Un médico joven de talento, el doctor Huerta, hijo del eminente clínico español, me aseguraba no ha muchos días, haber asistido en el Hospital General á una mujer que había cumplido los ciento treinta y cuatro años, y que no obstante su senectud, conservaba íntegros grandes territorios de la inteligencia. He ahí, pues, un ejemplar humano, de más dilatada existencia que un ex ministro.

¿Hay reglas que nos garanticen la longevidad? Todo higienista contestará con una afirmación. El vivir es un arte que requiere mil diversos cuidados. Desentendiéndonos por el momento de dos factores que pueden acelerar nuestra muerte, el morbo atáxico y el accidente

fortuito, es indudable que hay á nuestro alcance mil medios de prolongar la existencia. Ese programa, difícil de exponer sin la autoridad médica, reposa sobre dos cualidades que dependen de nosotros: la sobriedad y la continencia, que nos mantienen fuera del área de acción del médico y del farmacéutico.

Nadie tiene más edad que la de su sistema arterial, ha dicho un insigne médico. Hay, pues, que vigilar la tubería para que no arrastre demasiados detritus tóxicos en la sangre; hay que imponer al organismo un minimum de esfuerzo para que la reparación sea fácil y no deteriore las vísceras. ¿Privación del alcohol y el tabaco? Esos dos placeres, que vienen á ser como los paraísos artificiales en que distraemos el tedio de vivir, no se oponen á la longevidad, según el doctor Legrand. En su obra se citan casos de centenarios que han bebido con exceso y conservaron en todo tiempo el hábito de fumar.

Ha habido muchos longevos fumadores y alcohólicos y muchos abstemios que no probaron el tabaco nunca. Entre esas realidades expuestas por la ciencia, ¿qué pensar? Lo mejor es mantener con la higiene relaciones honestas que no sean tan íntimas que nos fuercen á aceptar su tiranía. Una vida sujeta á una higiene demasiado severa, no es vida, decía el vizconde de La Rochefoucauld. Por eso, lo mejor es no romper del todo con los vicios que alegran nuestra existencia y nos hacen llevadero el tiempo. Con disciplinarlos, adaptándolos á nuestras fuerzas, basta...

MANUEL BUENO

LA CONFERENCIA DE MAURA

AROJAS semillas en el erial... En otra tierra se sentirían fecundadas, prenderían sus raíces en el suelo, abrirían el gallardo florón de sus hojas, germinarían sus flores y darían frutos, que son alegría y sustento del hombre. Pero en el erial las semillas mueren. Cuando no las seca el sol implacable de las alturas y las deshace en polvo infecundo, las devoran los gusanos... Esto viene sucediendo en España. Sucede más; que se aísla, que se persigue a los sembradores de ideas. Díjese una persecución de lo alto, de los intereses creados, y se diría una injusticia. Es un caso demasiado complejo para estudiado en una página de LA ESFERA y, acaso, sea prematuro hacerlo ante la palpitante actualidad del discurso de Maura.

Recordemos a Salmerón, solitario en medio de las muchedumbres republicanas, escarnecido é injuriado en el teatro del Príncipe Alfonso; recordemos á Joaquín Costa llorando, llorando lágrimas de verdad, en una de las sesiones de la Unión Nacional en Zaragoza; recordemos á Silvela en sus últimos años de soledad. En otro orden de actividad medítense en la esterilidad de los libros de Ganivet, de Macías Picavea, de tantos otros y es forzoso llegar á la conclusión rotunda que ha condensado Manuel Bueno en llanas palabras: «Este es un pueblo despreciable...»

Lo que acontece es que á España no le importa España; que la nacionalidad no conserva sino sus formas exteriores, geográfica, histórica y burocrática; que está roto todo lazo espiritual entre el ciudadano y la colectividad. Así, los que apelan á la sensibilidad moral del país, claman en el desierto. Los que sirven el interés individual, los que halagan las pasiones individuales creen en la existencia de la nación, porque se les oye y se les sigue. Aceptando este estado moroso de la conciencia española, nada más sincero que ese comentario, ya vulgar, con que se lapida á todo hombre de fe: «Está fuera de la realidad.» Y la realidad es que á España le tiene sin cuidado cuanto le suceda á España.

Ante la figura actual de Maura, hablar del orador sería irreverencia y aun manifiesta inoportunidad. No es su verbo sino su alma lo que él ofrece á su país. Los hombres prácticos, los que pregonan incansablemente que la política es arte de realidades y que de ellas debe ser esclavo y encubridor el hombre público, no conciben que un hombre de la fuerza mental de Maura haya alejado de sí cosas tan halagadoras como el poder y la influencia, por no transigir, por no tolerar, por no acomodarse al ambiente enervador que nos envuelve. Y no ven que el caso Maura, acaso menos hondo mentalmente que el de Costa, con más intensa gestación, en cambio, que el de Silvela, tiene una significación de extraordinaria realidad en la historia de España.

Después de este momento, no será posible en medio siglo que se verifique ninguna desviación en la trayectoria que el espíritu español recorre y que ha de conducirle á nuevos encumbramientos ó á su total anulación. Un hombre, como Costa, cuyos trenos pueda tomar en serio la nación, y más una nación inculta y descreída como ésta, ó un hombre como Maura, no se producen rápidamente é inesperadamente, sino que han de ser fruto de muchos años de estudio, de trabajo y de combates. El azar mismo, el desenvolvimiento de los sucesos, la acción directa ó refleja de la vida extranjera influyen en la conducta y en las determinaciones de estos hombres apóstoles y guías, y más que su propia voluntad, les señalan el momento en que han de acudir á las muchedumbres, inflamados de patriotismo.

Y esto es lo que seranamente debieran meditar los españoles que se crean capaces de juicio, y que no se sientan desligados de los destinos de su raza. No hay realidad superior á la de nuestro pesimismo. Está encerrada en ella toda la vida española. Nadie puede afirmar que las calidades intelectual y moral de nuestro pueblo, sean halagadoras, ni puedan avivar en nadie el orgullo patrio. El problema está en resolver, si debe la nación seguir viviendo con este mal interior, como un cobarde, temeroso del bisturí del cirujano, sigue viviendo con un cáncer ó una hidropesía. Y resuelto el problema, decidida la nación á transformarse, á curarse, á redimirse, nada más absurdo que pedir á un hombre solo, que haga la revolución. Hemos vivido de esta palabra luengos años y la hemos



encanallado. En la pereza mental, á que se ha acogido España para no sufrir, esperamos á que la revolución se nos dé hecha por la espada victoriosa de Prim ó por otro caso milagrero. Y si Maura en el Real ha hecho surgir la visión de un movimiento revolucionario, urgente, preciso, como surgía de las iluminadas palabras de Costa, no puede ser otra que aquella revolución íntima, espiritual de cada conciencia y cada cerebro.

No creo yo que la conferencia de Maura en el Real, pueda tener otra repercusión en el espíritu público. Estimarla como pura obra de sublime retórica ó analizarla minuciosamente para contrastarla con la vida anterior del orador, y con su acción gobernante, me parecen dos arbitrios infantiles para eludir la responsabilidad que á todos, políticos y periodistas, nos toca en el aceleramiento de esta decadencia. El mal no radica ya en la organización, ni en el régimen, contra los que Costa lanzaba sus dicitos. Silvela tuvo un supremo atisbo de sutil ingenio cuando afirmó que la nación no tenía pulso. Si viviese aún, le espantaría cómo España ha perdido toda sensibilidad moral. Costa mantuvo la fe en el pueblo hasta sus últimos años, cuando ya la muerte le amagaba. Pero Maura, ante el espectáculo de la nación desorganizada, víctima de ruines oligarquías, empobrecida, sin ideal y sin alientos, conserva la fe en las clases medias y en el pueblo, y les pide que se adiestren en el ejercicio de la ciudadanía y salven á la patria.

¡Fe, fe! Pues si se pudiera tener fe en la acción consciente de la opinión pública, ¿en qué radicaría el problema de España? ¿Dónde estarían los obstáculos que impedirían su curación? Los pesimistas creemos que este órgano de vida de la raza está atrofiado.

Por encima de todo esto, por encima de la pasión ardorosa de sus partidarios, del odio ciego de sus enemigos y de la indiferencia de la mayoría del país, se alza la figura de Maura, depurada de toda su intervención en la vida política anterior, rodeada de una aureola de apostolado fervoroso. La misma prudencia con que pone un velo de pudor á su palabra; la continencia con que resiste el empuje de sus propios partidarios, no llegando más allá de donde la voluntad de sus responsabilidades le marca; la serenidad con que aleja de su lado á cuantos acuden á la política anhelando recompensas, le ofrecen al comentario justo y desapasionado como caso único en la Historia. No es el valido en desgracia: no es el Conde Duque, ni Bismarck, ni Bernardino Machado. Es un hombre singular que en cuarenta años no ha podido acomodarse al ambiente que le rodeaba y que tuvo su prestigio al servicio de uno y otro partido, mientras su espíritu, ausente de aquellas realidades, soñaba en la idealidad de una patria grande y poderosa, que no hemos acertado á hacer.

DIBUJO DE PEDRERO

DIONISIO PÉREZ



LA RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA



FACHADA PRINCIPAL DE LA IGLESIA DE SAN ESTEBAN, DE SALAMANCA



SIEMBRA



RECOSTADO en el tronco de un árbol, cuyas hojas ciernen el sol primaveral, contemplo el paisaje bucólico que frente a mis ojos se muestra.

La atmósfera es diáfana, amplio el horizonte, sensual el lineaje de la campiña.

En ella triunfa el color verde bordeando sobre los prados arabescos; dibujando en los boscajes tallas del gótico florido; bóvedas románicas en los linderos de la selva; camarines versallescos en la margen de los arroyos; relieves, de prehistórica tosquedad, en las tierras de labranza; revueltos penachos en los matorrales que trepan monte arriba.

El aire cuchichea amoroso; las aguas suspiran en sus cauces con placentera languidez; vahos de fecundidad ascienden al espacio. Entre ellos flotan arco-iris minúsculos.

Debe ser la sombra de Virgilio el fantasma que aboceta una nubecilla en los límites del paisaje, donde la tierra se junta con el cielo.

Distraigo mis pupilas siguiendo los vaivenes de un sembrador que, con el saquillo de la simiente sujeto a los riñones, recorre un campo, ya desfilado por la reja, y lanza contra los surcos gérmenes para que en aquéllos germen y fructifiquen.

En un lindé de este campo la hembra del labriego amamanta a su criatura. Cuando ella retira sus labios del pezón, salta la leche al aire en finísimos y tibios chorros. Sacra fuente vital es el surtidor de rosácea carne. La mujer sonríe al chiquillo y él estruja con sus manecitas el seno plétórico de savia.

Suda el labriego, que la tierra de sembradura tiene gran extensión (doscientos metros, por lo corto) y el sol cae a plano y es desigual el piso. Pero la rudeza de la labor no abruma ni acobarda al hombre. Sus ojos resplandecen alegres; su cuerpo oscila con gallardo compás; su brazo diestro esparce la semilla, rítmica, majestuosamente, y sus labios entonan un canto queredor, que los pájaros, de entre los árboles, corean.

Gozoso faena el sembrador y es canto de esperanza el que entona. Cada grano de semilla que arroja a los surcos, tornárase en la inagotable matriz de la tierra al beso incendiado del sol y al beso húmedo de la lluvia, pródigo y sa-

ludable fruto, mantención de la mujer que en la linda amamanta al chiquillo, bienandanza para el hogar humilde donde el chiquillo vió la luz.

No importa la faena ruda; no importa el fatigoso ir y venir sobre los terrones, ni el fuego del sol, ni la gimnasia muscular que trae gotas de sudor a la frente. Al término de esos afanes están la salud, la abundancia.

Por eso canta el labrador, por eso la madre sonríe sobre su criatura que, mientras estruja con una de sus manos el pecho maternal, alza al espacio la otra, cerrada en puño.

A mi espalda suena ruido brusco de pasos. Giro la cabeza en dirección de donde ellos vienen y miro acercarse a un criado de «la labranza» que me trae el correo.

No hay carta alguna en el paquete. Lo forman cuatro ó cinco periódicos que me dan noticias del mundo en esta ciudad campesina.

Desdoble uno de los diarios y pongo mis pupilas en las titulares que encabezan a todo el ancho, la primera plana.

La guerra europea—dicen aquellas titulares—, *Grandes combates en el Oeste*, *Los aliados ganan terreno*, *Barcos hundidos*, *Submarino a pique*, *Lucha heroica en una trinchera*.

Sí, ha sido heroica esta lucha:

Millares de hombres se han despedazado durante horas y horas, como bestias carniceras mordidas por el cielo ó espoleadas por el hambre, para conquistar 200 metros de terreno y clavar sobre él, en prenda de victoria, banderas francesas ó alemanas.

El estampido de los cañones ha desgarrado el aire; los humos de pólvora, extendiéndose por el espacio en sombríos y anchos cortinones, ocultaron el cielo; la sangre chorró por los surcos; los fusiles chasquearon la muerte; sables y cuchillos se embotaron de tanto partir carne humana; los soldados formaron, chocando unos con otros, epilépticos remolinos; gritos de dolor y de furia ensordecieron el ambiente; parejas hidrófobas se colmillearon en la agonía...

Terrible y empeñado fué el trance. Un estallido formidable puso término a la carnicería. La trinchera objeto de la lucha saltó hecha pedazos a la atmósfera; abrióse la tierra como sacudida

por la furia de un terremoto. ¡Victoria! ¡Victoria!—gritaron miles de voces roncadas—. Hubo un pataleo de fuga y la enseña de uno de los bandos proclamó el triunfo de éste, irguiéndose sobre un pedestal de pedruscos.

Bajo la enseña se agruparon en trahilla los vencedores. Sus ojos, que llameaban con homicida lumbre, sus bocas, de par en par abiertas para dar más estridencia al grito, sus manos, crispándose en garras contra el cañón de los fusiles y la empuñadura de los sables, les daban aspecto de locos.

Sus vítores apagaron los ahullidos que a los moribundos arrancaba el dolor; sus pupilas, puestas en la bandera, no veían los cientos de cadáveres que cubrían el suelo, ofreciendo en holocausto, al dios bárbaro de la guerra, vientres rotos por donde salían las entrañas, cráneos machacados, tórax hundidos, astillas óseas y sangrientas...

¿Qué valía aquello para los vencedores? Ya eran suyos los doscientos metros de tierra objeto del combate; ya tremolaba la enseña nacional sobre el humano matadero.

¡La pobre tierra conquistada!

Mordida por la pólvora, descuadrada por la horrible última explosión, era un cadáver más en aquella asamblea de muertos; una hembra impiadosamente violada, inútil para la fecundación y para la maternidad.

Tierra que la sangre humana regó para dejarla estéril, ¡qué distinta aparecía a los ojos de mi imaginación, de la que el labriego fecundaba, regándola con su sudor, al ir y venir rítmico de su brazo!

Por obra de un solo hombre, este cacho de tierra sería al cabo de unos nueve meses, bien estar, abundancia, salud...

Por obra de millones de hombres, era el otro cacho de tierra, pudriero, sólo útil para festín de buitres.

Acaso en un cacho de tierra, a éste igual, morirá andando el tiempo, por mano de sus prójimos, el niño que ahora recoge con sus labios la vida en el pecho de una humilde mujer.

JOAQUÍN DICENTA

LO QUE FUÉ
UNA CRISIS POLÍTICA

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

HACE treinta y seis años, y precisamente en el mes de Abril, tuvimos en España una gran alarma por la carestía de las subsistencias. El pan y la carne se pusieron por las nubes, y tampoco anduvieron al alcance de la mano el bacalao y las patatas, platos, por necesidad, predilectos de la mesa del pobre.

Por supuesto, que lo de estar la carne y el pan por las nubes durante el año de 1879, se estimaría hoy como una exageración. Todo es relativo, según las palabras de D. Hermógenes y según las de cuantos piensan con lógica, sean ó no pedantes. Para hacerlas alegrías, quisiéramos en este momento las tristezas de aquel período que evoco. Lo que entonces considerábase caro, sería ahora casi gratuito. En unos cuantos años se ha transformado la vida española, produciéndose una verdadera revolución económica que cambia nuestro modo de ser, deprisa, deprisa, todo al vuelo, todo al vuelo, como decía sonriente y socarrón el insigne poeta de las dolencias...

En 1879 el jornal de los peones era de siete reales, y los oficiales y los trabajadores en talleres y fábricas, ganaban de diez á veinte. Entre los apuntes de cosas pasadas, guardo unas notas muy interesantes donde consta cuánto invertía en su alimento un menestral por los años de mil ochocientos setenta y tantos:

Para desayuno, chocolate ó café..... 3 cuartos.
 Pan..... 4 »

COMIDA

Sopa..... 4 y 1/2 cuartos.
 Carne..... 6 cuartos.
 Tocino..... 3 y 1/2 »
 Garbanzos..... 3 y 1/2 »
 Patatas ó verdura..... 2 »
 Postre..... 2 »
 Pan..... 7 »

CENA

Carne..... 5 cuartos.
 Patatas ó verdura..... 3 »
 Postre..... 2 »
 Pan..... 4 »
 Vino..... 6 »

Es decir, que un peón de albañil necesitaba casi todo su jornal para mantenerse, pues invertía en ello más de seis reales, y el oficial de cualquier oficio con tres ó cuatro pesetas había de sustentar á su familia y pagar la casa.

Alquilábanse entonces muchos cuartos por dos y tres duros al mes y hasta por treinta reales. En las casas de postín, las guardillas las ocupaban los pobres, pero vivían en cierta relación con los señores del principal y con los modestos oficinistas del segundo y del tercero. Ahora es lo frecuente que las casas ahonden las diferencias sociales. Viven reunidos los de igual condición y hasta los barrios establecen las diferencias de clases, con lo cual gana mucho el odio sin que obtenga el menor beneficio la salud pública.

Quedamos, pues, en que durante la primavera de 1879 se habló de crisis económica, de la carestía de las subsistencias, del malestar de los trabajadores, de las necesidades sufridas por el proletariado. Aún circulaba el oro; pero había mucho menos riqueza que actualmente. Cuando nos quejamos, qué triste sería ¡ay!, para nosotros que nos impusieran como castigo el volver á tiempos pasados sin duda peores que los presentes. Lo que antes una peseta, cuesta ahora un par de ellas, si acaso más, pero todo el mundo vive mejor. Han crecido las necesidades, pero también aumentaron los recursos para satisfacerlas. Aunque trazo estos renglones trayendo á ellos memorias de lo pasado, no siento en mi pluma como temblor senil, el pesimismo misoneísta que engendra clamores angustiosos. Se vive mejor que entonces, aun cuando las cosas cuesten mucho más.

Porque costando menos en relación con los precios actuales, eran subidísimos los de entonces, y así se explica el malestar bien manifiesto, en artículos de periódicos, en conversaciones de café, y no hablo de mítines porque aún no había surgido la buena costumbre de las reuniones públicas ni se daba tampoco la dañina especie de parlers, que en más de una ocasión representando la farsa de dolerse de males ajenos, sólo buscan el ganarse el pan sin el sudor de la fren-



DON MANUEL RUIZ ZORRILLA

te. De lo cual hay varios casos, que Dios mediante iré sacando á plaza con sus pelos y señales para justa pena de pícaros modernistas.

Con el clamor por la escasez de aquella primavera de 1879, alternaron las agitaciones políticas de entonces. Cayó Cánovas y fué substituído por Martínez Campos, que regresaba de Cuba después de haber concluído la guerra separatista. Cánovas, que era un hombre de Estado efectivo, no por orador grandilocuente, sino por otros atributos más esenciales en la gobernación de los pueblos; Cánovas, repito, al advertir que algunos importantes elementos de la restauración monárquica sentíanse inquietos, afanosos porque les substituyera otro prestigio alfonsino, cedió el paso al caudillo ilustre que por su carácter, por su valor y por su historia gozaba de singular renombre.

Cánovas, en vez de amostazarse contra Martínez Campos y de acalorar los ánimos de las huestes que le seguían, cedió el puesto al ilustre general, le apoyó francamente; dejóle disolver las Cortes y esperó en su casa la hora en que fueran á buscarle sus correligionarios para proseguir la etapa iniciada después de la proclamación en Sagunto.

Si entonces Cánovas se conduce como un alocado, rifa con Martínez Campos, levanta bandera y divide á los conservadores, Dios sabe qué suerte hubiera corrido la Monarquía y con ella la nación entera.

No fué así. Cánovas hizo mutis para presentarse poco después en escena aplaudido por los mismos que antes le despojaron del papel de protagonista. En aquella época, y después de cinco años de silencio, dieron señales de vida los que se llamaban demócratas progresistas, á quienes acudillaba D. Manuel Ruiz Zorrilla, desterrado en París. En la Corte publicóse un manifiesto del partido, redactado por D. José Echegaray, que hallábase en su mayor pujanza de dramaturgo. Las cuartillas de Echegaray fueron suscritas, entre otros, por Martos, Montero Ríos, Becerra, Sardoal, Romero Girón, Gasset y Artime y tres generales. ¡Qué tiempos! ¡Tres generales del ejército suscribiendo un manifiesto republicano y revolucionario!

Entonces fueron diputados por Madrid, Cánovas, Romero Robledo, Ayala, Urquijo, Ruiz de Velasco, Echegaray, Avial y Angulo. Se espiaba la cara de Sagasta porque su gesto solía ser un augurio, y aunque su influyente persona caía siempre del lado de la libertad, lo que en tal fecha interesaba era saber no hacia dónde caía, sino cuándo se levantaba desde la oposición hasta el poder.

Empezó don Francisco Silvela á gozar de gran notoriedad por el éxito de las elecciones generales. Era ya el hombre de las medias esto-

cadás; daba siempre en los rubios, pero nunca producía la muerte. Así formó unas Cortes que, creadas á las espaldas de Cánovas, fueron para Cánovas. Zorrilla estaba en París con Salmerón. Castelar vivía en España, en el apogeo de su gloria. El duque de la Torre, regente del Reino el año 69, estaba reconciliado con la Monarquía. Ya había exclamado Don Alfonso XII, con el acento de simpática resolución propio de aquel admirable soberano: «General, aún hemos de hacer algunas campañas juntos».

Los constitucionales, mostrábanse inquietos, temerosos de que su suerte, fuese análoga á la de los viejos progresistas, siempre alejados del poder. En la tertulia de los amigos de Ruiz Zorrilla, se aguardaba á que viniese la República, facturada desde la capital de Francia. Había aún varios profesores extrañados de sus cátedras, y aguardábase con ansia que por el horizonte asomase una nueva luz capaz de conseguir que España se incorporase al extraordinario avance del mundo.

Unos meses antes había muerto Rivero, el gran demócrata, el político popular dueño de España, durante la *Gloriosa*. Desde el Hospital de la Princesa presencié su entierro en una tarde fría y gris de Diciembre. En pos del féretro iban como unos doscientos correligionarios del famoso tribuno. Si su muerte hubiera acaecido antes del año 73 y después del 68, en el cortejo habrían formado varios millares de personas.

Por entonces se reveló como escritor un muchacho llamado José Ortega Munilla, que con un solo libro pasó á la más envidiable y justa notoriedad. El libro se titulaba *La Cigarra*, y el autor poco después de haber demostrado que era un novelista notable, empezó á probar su incomparable maestría en el periodismo español, que aún le reconozca como una de sus más grandes figuras.

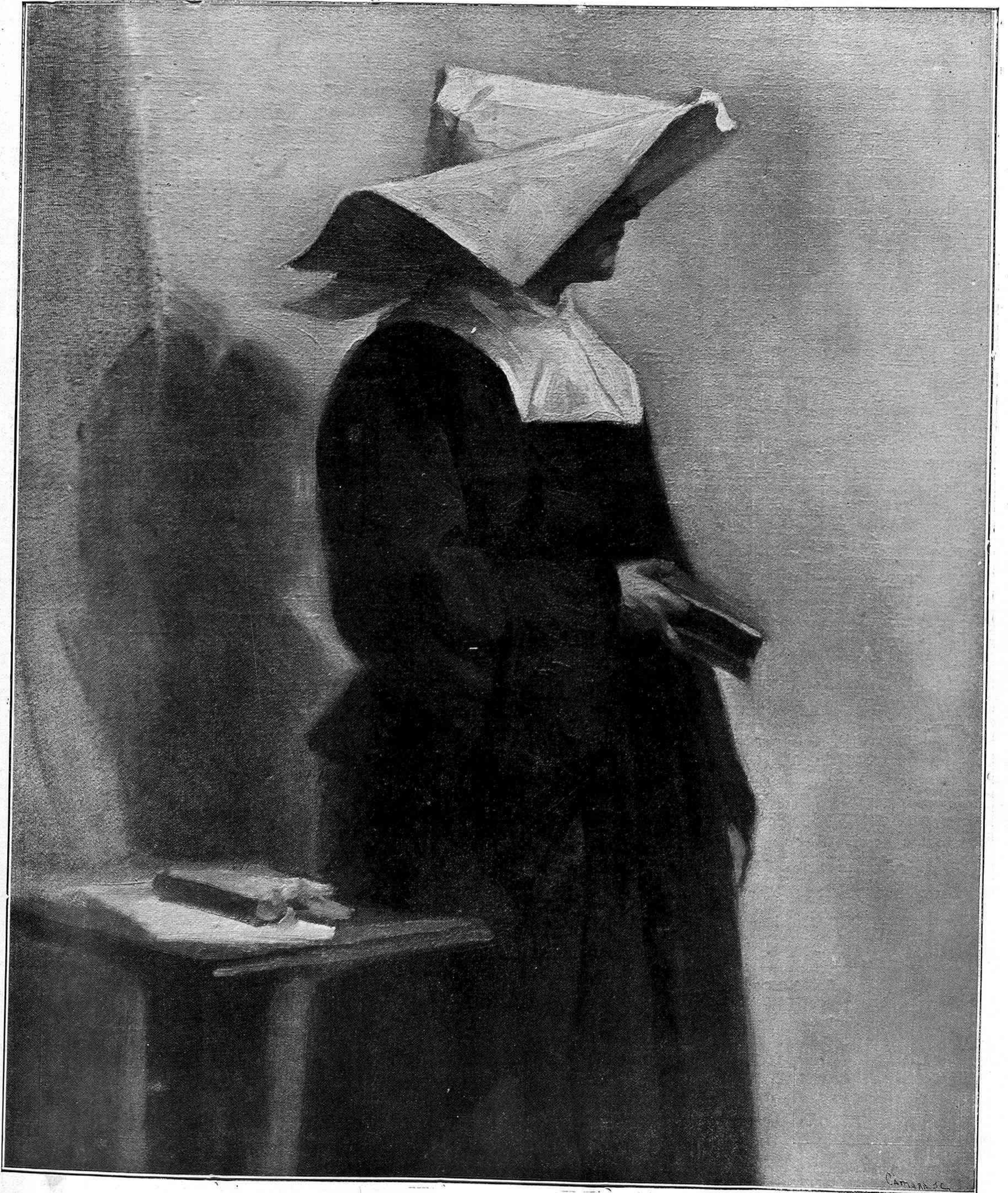
En aquel año también estrenó su primera comedia *El Cura de San Antonio*, Ceferino Palencia, que sigue en el palenque y mil años que le duren el brillo y el acierto. Por supuesto que la temporada teatral de la fecha á que aludo fué fecunda. En un semestre, estrenó Echegaray *Algunas veces aquí y En el seno de la muerte*, la obra soberbia, que todavía subyuga con sus rasgos geniales. Dió Sellés *El nudo gordiano*, que se mantuvo ochenta noches seguidas en el cartel, á teatro lleno; lo mismo que las comedias de ahora, ¿verdad? ¡Diez representaciones consecutivas y gracias! A don Mariano Catalina, le silbaron *Alicia*. ¡Qué noche aquella la noche de la silba! Luis Taboada, el malogrado escritor festivo, dió su primera comedia. Zapata y Marqués, triunfaron con *El anillo de hierro*, que aún colea. Arrieta y Larra, contribuyeron al esplendor de la zarzuela, con la suya, rotulada *La guerra santa*. Eusebio Blasco oyó grandes aplausos, con *Soledad*. Bretón tuvo la fortuna de que le representasen, con gran éxito, su ópera *Guzmán el Bueno*. En el Teatro Martín actuaron, entre otros artistas, un actor que se llamaba Simó y una actriz apellidada Raso, sin duda progenitores del notabilísimo cómico que ahora goza de excepcional nombradía. Cavestany, que era entonces chico prodigio, dió en el Español su segunda comedia *Grandezas humanas*, no tan aplaudida como la primera *El esclavo de su culpa*. Nos visitó la Ristori, y en el Real Gayarre enloquecía al público en *Rigoletto*, *La Favorita*, *Hugonotes y Puritanos*, alternando con la Borghi-Mamo, Elena Sanz y la Vitali y con Sani Marconi, Valero, Pandolfini, Verger, Naneti, Ponsard y Visconti.

Allá en el paraíso y durante los entreactos, recuerdo haber comentado las noticias que se recibían de Tetuán, la ciudad marroquí, donde la vida de los españoles corría peligro en cuanto se salían de las murallas; ¡lo mismito que ahora! También hablábamos mucho del resultado que daría el pavimento de madera puesto en la calle del León, resultado que fué malo y que no mejoró el piso de Madrid, que hace treinta y tantos años, como en el presente, proporcionaba materia para que las señoras de coche y los desocupados de infantería, exclamasen á cada paso: ¡Ha visto usted qué vergüenza de pavimento!

Por la transcripción,
 J. FRANCOS RODRÍGUEZ

LA ESFERA

CUADROS ESPAÑOLES



BIBLIOTECA
MADRID

1.ª Serie med. 5

MEDITACIÓN

Cuadro de Eugenio G. Olivera

CAMARON SC

DE NORTE A SUR

El primer juez femenino

Va el feminismo poco a poco triunfando. No porque las sufragistas hayan guardado sus cartelones solicitando el derecho á votar y no porque, en consideración á la guerra, hayan cesado en sus desmanes dejando á los *zeppelines* la ocupación de inquietar á Londres, no por eso las liberaciones femeninas son menos frecuentes.

Al contrario. Raro es el día en que no hallamos una figura de mujer donde, tradicionalmente, estamos acostumbrados á encontrar la figura de un hombre.

Hoy es Mrs. Miriam Rains que ejerce las funciones de juez de paz en El Cajón (California).

Mrs. Rains es una mujer que ha doblado ya la cincuentena y que ha ejercitado en su larga vida el vigor intelectual y el vigor físico paralelamente.

Recorre largas distancias á caballo, se ha defendido á tiros muchas veces y ahora defiende con el Código á los mismos que quizás en otro tiempo pudieron causar su muerte.

Porque el pequeño mundo sobre el que Mrs. Miriam Rains ejerce jurisdicción no puede ser más peligroso. Se compone en su mayoría de indios californianos y de mejicanos, propicios siempre á la embriaguez, al juego y al crimen.

Antes de ejercer sus funciones conciliadoras Mrs. Rains, eran más numerosas las pendencias y menos tranquila, por ende, la vida en El Cajón. Después, la comarca se ha tranquilizado.

¿Por qué? ¿Qué misterioso prestigio ejerce siempre, aun siendo vieja, aun contrariando los instintos varoniles la mujer sobre nosotros?

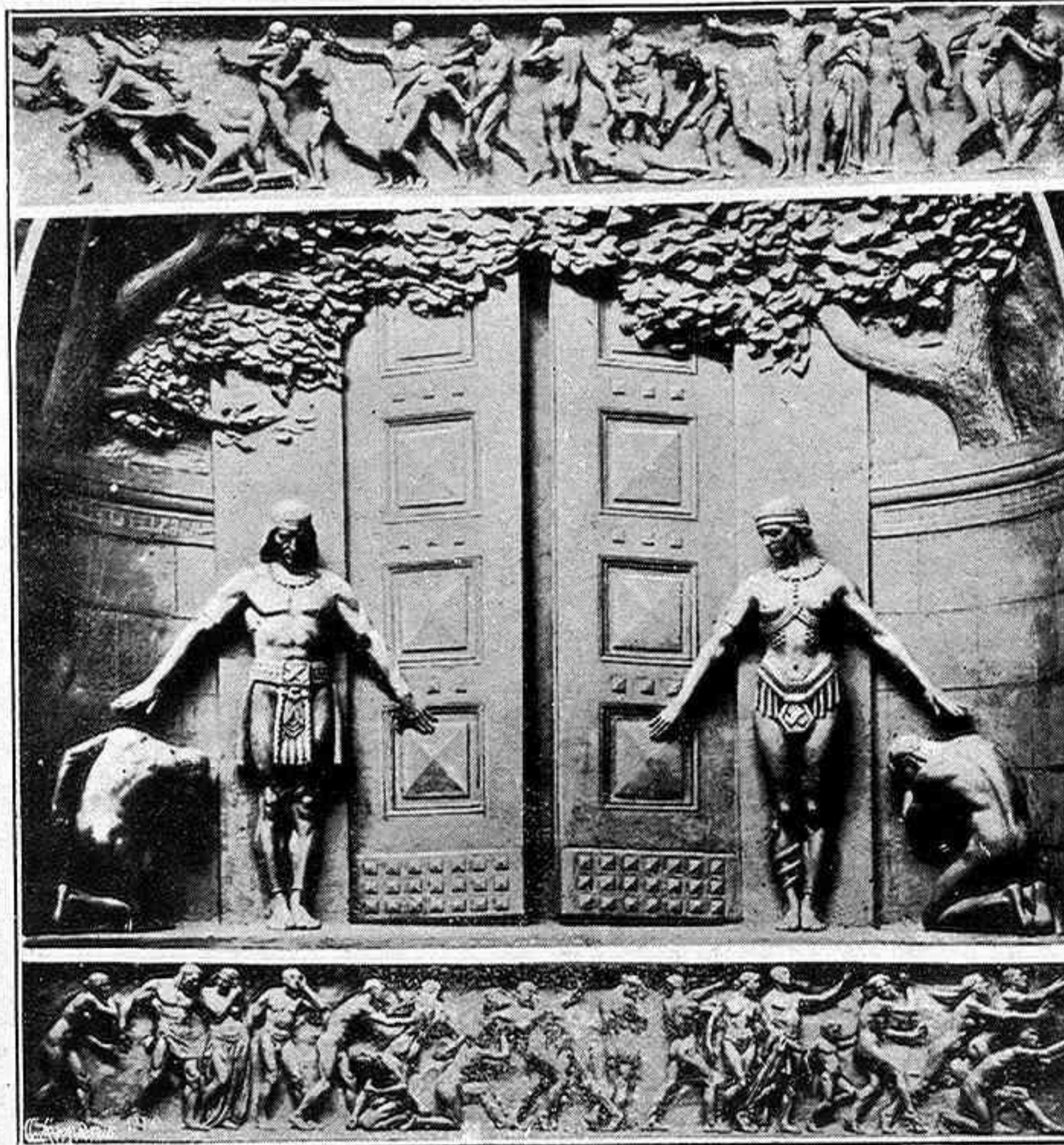
Es curioso ver cómo el temperamento masculino consiente mayores triunfos y acepta más fuertes imposiciones de una mujer que de otro hombre. Las mujeres-médicos nos amordazan para el dolor, temerosos de mostrar flaqueza ó cobardía; las mujeres abogados aguzan el ingenio y despiertan las dormidas noblezas de los criminales con un inconsciente deseo de parecer mejor á sus ojos: nos atraen las novelas, los versos escritos por mujeres en una curiosidad lógica de ver cómo expresan por experiencia los secretos de su espíritu y cómo interpretan los del nuestro... Y en el caso de esta señora Rains los bravos indios, los astutos mejicanos, aun enloquecidos por el alcohol, ó temblorosas sus manos de homicidas ansias y vibrádoles en las entrañas la codicia del oro, también asoma la galantería.

Sin embargo, no porque sea juez de paz olvida Mrs. Rains que es mujer. El hogar, que en los yanquis y en los ingleses tiene tan alta significación, la compensa del despacho judicial y así como se ha dejado retratar, grave y severa, hojeando un libro repleto de leyes y sentencias,

también hay otro retrato suyo en que la vemos sonriendo, fregando platos con el mismo entusiasmo que friega conciencias de mejicanos... que no suelen ser muy limpias.

La fuente de El Dorado

He aquí una de las más bellas obras de la *Panama-Pacific Exposition* donde tantas bellezas se han reunido. Es una fuente monumental, obra de la artista yanki Mrs. Harry



FUENTE DE EL DORADO
Magnífica obra escultórica de la artista yanki Mrs. Whitney's, que figura en la Exposición de Panamá

Payne Whitney's, hija del célebre millonario, y la que está considerada como uno de los primeros escultores contemporáneos.

Inspirándose en el libro *Stories of El Dorado*, publicado por la señora Frederick Colburn, en 1904, Mrs. Whitney's ha interpretado en la escena central de los dos indios, custodiando las puertas del templo del Sol, y en los valientes desnudos de los bajo-relieves, las maravillosas leyendas de El Dorado.

Este nombre sugiere siempre en nosotros como en los hombres de otros siglos anteriores, la inquietud de las quimeras, la sed de los horizontes, la fiebre de las aventuras... Antes de ser un símbolo fué una esperanza; antes de emplearse como sinónimo de toda empresa cuyo propósito sea la conquista de riquezas, fué algo que adquiría en la irreal vida del ensueño, palpables realidades y felicidades asequibles.

No importaban los fracasos en la busca de ese país legendario de América. Cuando se desvanecía un Dorado, otro Dorado resurgía en más lejanos lugares.

Precisamente en la meseta de Colombia es donde, con más apariencia de verosimilitud, se suponía la existencia de El Dorado. Antes de la conquista, el gran sacerdote de los chibchas se cubría el cuerpo con una resina odorífera á la que se adherían luego polvos de oro, antes de sumergirse en el río ó en las lagunas sagradas. En una de estas lagunas, la de Guatavita, los indios tenían la costumbre de arrojar, como exvotos, para aplacar la cólera de los dioses, figurillas de oro y piedras preciosas. Pero esto no era bastante; la áurea ciudad del áureo río, no podía ser aquella. La ambición del hombre como el ideal, no muere nunca. Pasaron los siglos, cambiaron las costumbres, desaparecieron creencias religiosas, y, sin embargo, esta esperanza quimérica del reino de las riquezas, subsiste.

Y de aquí la fuerza, el avasallador encanto de la obra de Mrs. Whitney's. Pueden significar las dos bellísimas figuras de los indios que custodian las puertas del templo del Sol, unos simples guardianes religiosos, pero pueden simbolizar también, como los admirables desnudos del *Monumento á los muertos*, de Bartolomé, á la Humanidad en el umbral del misterio.

Las mujeres y los hombres que en los bajo-relieves, aman, sufren, desfallecen, gritan de alegría y se lanzan con los brazos extendidos, ¿van en busca de la felicidad ó de la muerte? No lo saben ellos; no lo sabemos nosotros. Ja-

más llega la Seca envuelta en su sudario ó desnudo su esqueleto, como en las diablerías de la Edad Media. Se disfraza de amor, de gloria, de heroísmo, de arte... Y en este caso de la leyenda áurea, viste como los sacerdotes indios antes del descubrimiento: un traje de oro que cambiaría las aguas del río sagrado en un fabuloso emporio de riquezas.

¿Y no resulta curioso que sea esta precisamente la obra maestra de Mrs. Whitney's, la hija de un multimillonario yanki?

Y más curioso aun que, olvidando su arte, olvidando sus millones, al sorprenderla la guerra en Europa, la señora Whitney's tal vez no será tan bella; pero será más terrible, más cruel, más plena de reproches para la humanidad. En vez de los indios que custodian el templo del Sol, dos guerreros, á lo Hansen Jacobsen ó á lo Frank Metzner que custodian el templo de Marte; en lugar de los hombres sanos, y fuertes y libres, que van en busca de la fortuna, los hombres enflaquecidos, débiles y esclavos, que empujan hacia la muerte. Aquéllos buscaban el oro para ellos mismos. Estos luchan por aumentarlo á sus tiranos respectivos.

Los hombres folletinescos

Más interesante que escribir libros es vivirlos. Ante la ficción novelesca raro es el que—por humilde y apocado de sus admiraciones y facultades—no sintió la envidia de los héroes imaginarios.

Y—de tí para mí, lector,—¿verdad que de esas inconfesables nostalgias de la ficción ajena, comparadas con tu propia realidad, te entusiasmaron más las audacias, las rebeldías, los peligros, que las plácidas ternuras, las resignaciones y las tranquilas existencias de remanso? Todos llevamos el germen de portentosas hazañas.

Son la inteligencia y la voluntad, tierras propicias á todos los cultivos y á dar todas las flores. Depende de cómo nos cultiven y de cómo nos enseñen á obtener el fruto de las primeras siembras.

J. B. Lindon, que se distinguió en los Estados Unidos como elocuente y hábil conferenciante, dice de pronto que no se llama Lindon, sino Julian B. Arnold y que es hijo de Sir Edwin Arnold, director y fundador del *London Telegraph*.

Bruscamente desnuda su pasado. Habla de episodios terribles como el de una quiebra legal por valor de dos millones de francos hace quince años; de su detención en San Francisco, de su fuga de Londres en 1905...

Era una voluntad en marcha. Sus ojos azules sufrían el imán de los horizontes. En el corazón le saltaban los caballos desbocados de la aventura.

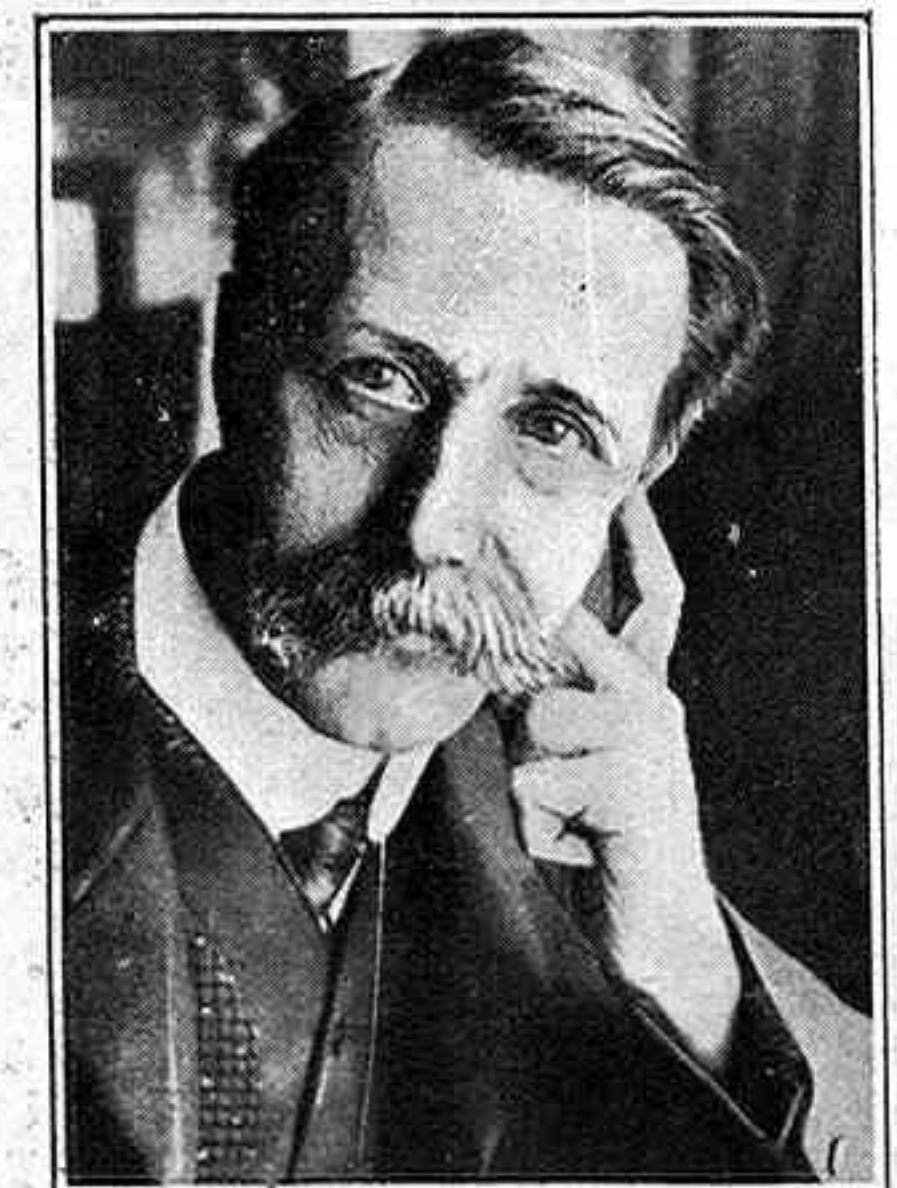
Ahora, ya viejo, siente la necesidad de descansar. Para ligar la vejez á la infancia, quiere recobrar el derecho del nombre paterno.

J. B. Lindon ha muerto para siempre. ¡Y es lástima! Porque la conferencia más interesante de todas las suyas sería ésta en que moviera como los muñecos de un guignol, los años pretéritos, con sus trajes tan diversos, brillantes, triunfales los unos, con lutos de desesperación los otros...

José FRANCÉS



MRS. MIRIAM RAINS
El primer juez de paz femenino del mundo, que ejerce sus funciones en California



J. B. LINDON
Que asegura llamarse Julian A. Arnold y ser hijo del fundador del "London Telegraph"

UN EPISODIO DE LA OCUPACIÓN DE VAILLY



EL ÚLTIMO DEFENSOR DEL HOGAR

Al penetrar los alemanes en la pequeña ciudad del Aisne, el único sér superviviente entre tantas ruinas, un hermoso terranova, defendía lo que restaba de la casa de sus amos

DIBUJO DE F. MATANIA

ATENA
BIBLIOTECA
MADRID

CUENTOS ESPAÑOLES

LOS AMORES DE UNA FEA

ELLA

No ya de doncel, pero ni aun de vejestorios pisaverdes, que son capaces de chicolear á una escoba con faldas, recibió un piropo doña Eduvigis, en los ocho lustros de su existencia.

A pesar de la cual asegura que la asedian los pretendientes, lamentándose de que las señoras no puedan salir solas porque se exponen á que les digan mil atrocidades los sinvergüenzas que encuentran al paso.

En lo de lamentarse de parecida falta de decoro social está en lo cierto la cuarentona, porque de vez en vez es mayor el número de bárbaros disfrazados de señoritos, que ambulan por las calles de la villa del oso, teniendo por gracia peregrina y flor del ingenio requebrar á las mujeres diciéndoles una grosería ó una sandez en palabrotas soeces no registradas en el Diccionario.

Pero con esta doña Eduvigis no hay bárbaro que se atreva. La pobre vino á este valle lacrimoso en un momento en que mamá Naturaleza, á ratos caprichosa, eretrenábase en hacer caricaturas.

Llegó á la florida edad de los quince abriles, y aun cuando «no hay quince años feos» y «hasta el demonio era bonito cuando entró en quintas», la malaventurada no confirmó estos refranes.

Con la cara sin narices apenas, los ojos de ratón, la boca de hucha, el color verdoso, flacucho y desmirriado el cuerpo, ¡cualquier mocito se le atrevía!...

Pasáronse los años juveniles lo más amarga y melancólicamente que puede pasarlos quien espera un día y otro día á que le «salga novio», y ve á sus amigas y conocidas transformarse en respetables mamás.

La primavera se trueca en otoño, y el galán sin parecer! Vida torturadora de ansias no satisfechas, de ternuras no correspondidas, de ilusiones que se desvanecen como humo.

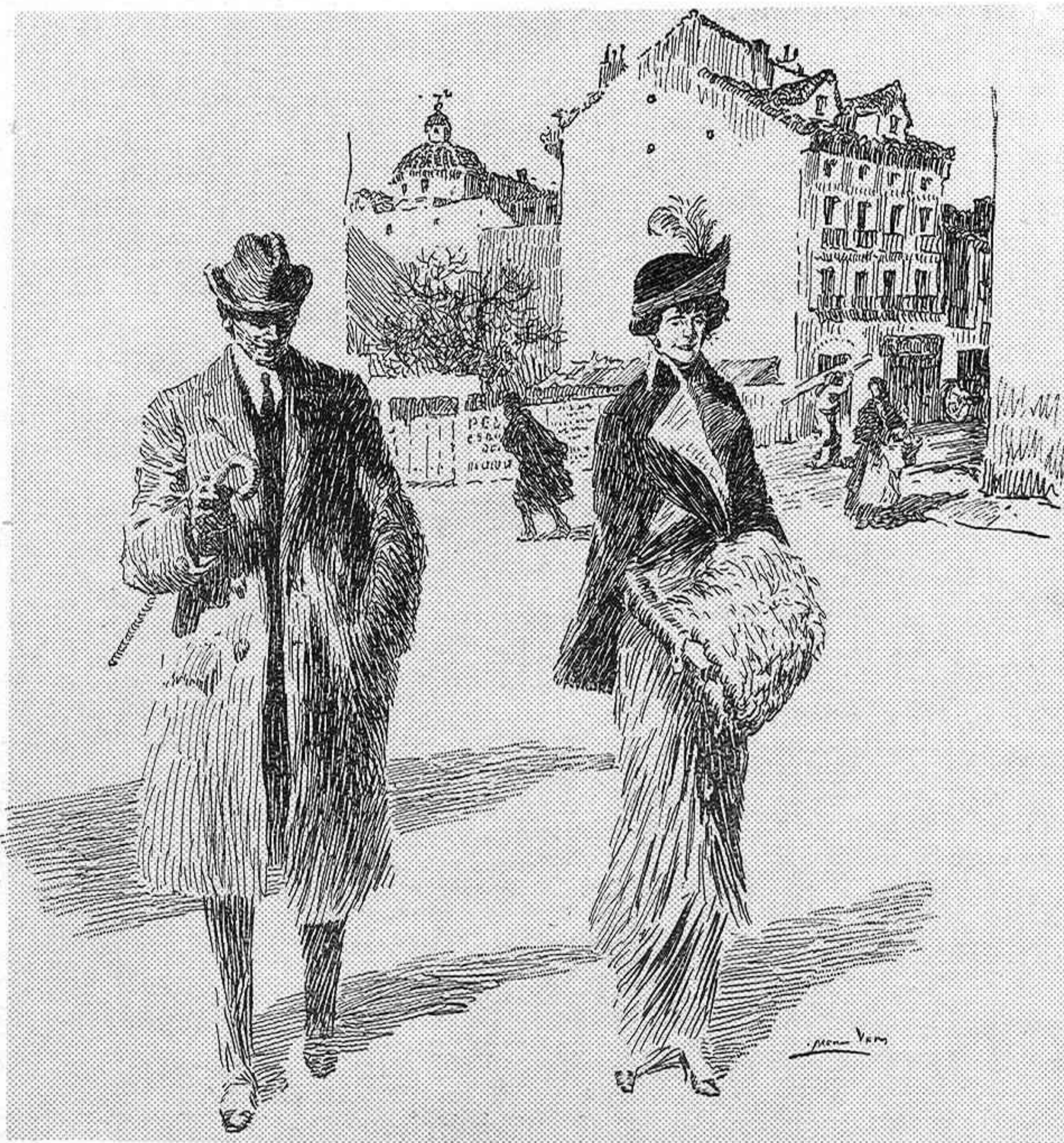
Eduvigis, agrio el humor, irónica y descreída, habla mal del matrimonio. Si las hijas de sus amigas le cuentan sus noviazgos, se complace en ponderar su estado de soltería como el más perfecto y envidiable; el matrimonio es cárcel; el marido un déspota; los hijos unos tiranuelos, y la mujer la esclava de todos.

Con acento sarcástico describe lo risible del cuadro matrimonial pasada la luna de miel; la señora, teniendo que levantarse á las tantas de la noche para acallar al rorro; el papá trinando contra el canario de alcoba...

Con harta frecuencia, el adorado y gentilísimo Adonis ó se acatarrá ó le da una indigestión ó un ataque de bilis ó de reuma, y venga darle friegas, tazas de flor de malva, de manzanilla, pintarle el pecho de yodo, ponerle emplastos y bayetas ó un pañuelo á la cabeza, según los casos. Y el señor, con un humor de doscientos mil demonios, que tose ó se queja sin dejar dormir á la señora. ¡Archimolesto! ¡Archiridículo! Esto sin contar con otros lances y escenas harito más prosaicos y enojosos.

La que escucha tal catilinaria, si es romántica, se impresiona, y si está enamorada protesta. Todas creen que su Abelardo, ó como se llame, jamás representará un papel tan ridículo.

--Esta señora no sabe lo que se dice-- mur-



muran las damiselas—. Bien es verdad que si lo supiese no se habría quedado para vestir imágenes.

En su fuero interno, doña Eduvigis, á pesar de lo que dice y de poner tachas á todos los hombres, suspira: ¡Quién fuera la Fulanita!

Y aun cuando la Fulanita sea un dechado de gracias, la solterona, impelida por un pueril deseo de vanidad, se contempla al espejo y afirma despechada:

—¡Pues no vale más que yo!...

EL

¡Día venturoso y perdurable! A doña Eduvigis le ha floreado y seguido un individuo que le ha «hecho el oso» frente á sus balcones.

En un arranque de efusión, la solterona ha repetido con Bécquer, su poeta predilecto:

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
hoy llega al fondo de mi alma el sol.

Quien á tamaña empresa se ha arriesgado no es un héroe, es, sencillamente, un «frescales» ó sinvergüenza, y, por lo tanto, un desaprensivo, de vivir gallofero y azaroso, gran frecuentador de chirliatas, y protector «desinteresado» de mozas perdularias.

Lucas Cantueso se ha sorprendido de la fealdad de la dama y de los enormes brillantes de sus pendientes.

Con la cínica dialéctica de quien por un *biftec* sería capaz de vender su alma al diablo, si el diablo se dedicase en estos tiempos á negocios tan onerosos, ha deducido que si bien aquellas rosas de luz refulgirían más adecuadamente en una «barbiana», debía congratularse de que las luciese parecida señora.

Sabe, como hombre experimentado, que las mujeres jóvenes y guapas son vanidosas y reciben con un bufido las ponderaciones de los azotacalles de su pinta; en cambio, las feas, se sien-

ren halagadas y agradecidas, y puede intentarse su conquista con probabilidades de buen éxito... ¡Un psicólogo este Lucas!

Decidido á todo, como quien vive del azar, sopló un piropo al oído de Eduvigis, la cual, emocionadísima, miró al galanteador de un modo indefinible.

—¡Tragó el anzuelo!—pensó el cínico.

La solterona dióse cuenta, con inefable satisfacción, de que la seguía el del piropo, y antes de entrar en su casa se detuvo—disculpable debilidad—para dirigir una última mirada.

¡Oh, ventura! Estaba parado en la esquina.

A gritos, como se dan las noticias que nos enagenan de gozo, habría enterado á la portera de la estupenda novedad; de dos en dos subió los escalones, llamó nerviosamente á la puerta de su cuarto, y le faltó tiempo al franquear la entrada para correr al gabinete y mirar á través de los cristales del balcón.

En la acera, hecho un pasmarote, estaba el galán.

Y Dios sabe el tiempo que habría permanecido en extática contemplación, á no oír á sus espaldas la voz de tía Patro, que le preguntaba con cariñosa solicitud:

—Pero ¿qué te pasa, hijita?... ¿Qué miras?

—¡El cielo, tía!—contestó azorada y de mal humor

Eduvigis, renegando *in mente* de la oportunidad de la vieja.

IDILIO GROTESCO

Después de «hacer el oso» á lo cadete, el cínico se decidió á pasar el Rubicón amoroso, heroicidad que emulaba la de César; éste, al fin y al cabo, lo arriesgaba todo para conquistar fama perdurable, y Cantueso por un pedazo de pan.

La «combina», como decía el arriscado pretendiente, le salió á pedir de boca.

Doña Eduvigis, encantada, creyendo con candidez paradisiaca que el mismo fuego de amor encendido en sus entrañas, caldeaba las del trasnochado doncel, aceptó las relaciones pedidas en una misiva declamatoria y cursi, en la que afirmaba con el moro Muza del romance:

que el mundo es muy estrecho
para mí que te tengo á tí en mi pecho.

¡Qué demonio, no en el pecho, en el estómago, víscera si no tan noble tan importante como aquélla, tenía Lucas á la cuarentona.

Con la consecución de sus propósitos realizaba el magno problema de vivir á lo príncipe, librándose de realizar el prodigio de que habló Roberts de saltar de un lunes á un domingo sin tocar en un garbanzo.

Solapadamente inquirió en la portera informes de la dama; la portera le colmó las medidas con afirmarle que era la dueña de la casa; dióle otros pormenores, no tan interesantes para Lucas, como los de que compartía su cariño con una tía vieja que regentaba el hogar, un gato y un perro. Por lo demás, la señora—según la informante—, era una santa que frecuentaba la iglesia ejerciendo la caridad evangélicamente, esto es, sin que la mano izquierda se entere de lo que da la derecha.

El ideal de vida, el *cognitio finis* que decían

los escolásticos, era para Lucas casarse con aquella noche de truenos, que así designaba á la que pretendía.

En las interminables y «peripatéticas» entrevistas de los enamorados, él, como actor que se juega su porvenir en la comedia en que interviene, esforzabase por exaltar la pasión hacia el «dulce dueño», afirmándole á lo romántico, llevándose la diestra al corazón, que era el más venturoso de los hombres, por cuanto, desesperanzado ya de encontrar la mujer ideal soñada, había tenido la portentosa suerte de hallarla.

Y el gran cómico ponía los ojos lánguidos y suspiraba, con lo cual acrecía la locura de amor de la solterona, que anunció á sus amistades su próximo enlace con el más gentil, caballeroso y fiel de los enamorados.

La asombrosa noticia dejó estupefactos á todos, y todos pusieron un comentario zumbón á tal bodorrio, admirando el «valor» del protagonista, quien, á pesar del panegírico de la dama, debía ser más fresco que un sorbete.

El «sorbete» mintió como un bellaco á Eduvigis, que en las primeras elecciones de diputados á Cortes que se convocaran presentaría su candidatura por el distrito en donde radicaban sus fincas, que era uno de la región vascongada.

PUNTO FINAL

Doña Eduvigis, de veinticinco alfileres, aguarda impaciente y nerviosa á «su» Lucas.

Para entretener el tiempo que se le hace interminable, se asoma á cada momento al balcón y contempla emocionada y satisfecha el landó parado á la puerta que ha de conducirles á la Vi-caría.

Mira el reloj que hay sobre la consola, y siente vaga inquietud...

Ha pasado la hora de la cita... El minuterero avanza y va marcando cinco, diez, quince, veinte minutos de retraso.

—Indudablemente—piensa Eduvigis—, algo le ocurre á Lucas...

Y permanece en el balcón atalayando la calle con mirar ansioso.

No puede resistir por más tiempo la angustiadora incertidumbre que pone en su ánimo la tar-

danza de Lucas, y ordena á Iña Patro que la acompañe á casa del galán.

Tía Patro, señora á la antigua, cree que la tal visita es una solemne majadería. Pero se calla, y mansamente se sienta en el coche sin despegar los labios.

Eduvigis, silenciosa, trata de contener las lágrimas.

La loca fantasía le lleva á pensar en un desgraciado y trágico final á sus más caras esperanzas...

Lucas aplastado por el tranvía, despanzurrado por un automóvil, ¡quién sabe la tragedia que ha podido ocurrirle!...

La casa de huéspedes en donde vive el cínico ha causado impresión dolorosa á Eduvigis, que no sospechaba que su prometido se albergase en lugar tan sórdido.

La huésped, admirada de que pregunten por don Lucas dos señoras de verdad, ha salido á recibir las, haciéndolas pasar al comedor, el cuarto más decente de la casa, y, después de obligarlas á sentarse en dos viejas sillas de Victoria, ha preguntado, con mal disimulada curiosidad, en qué podía servirles.

Al enterarse del objeto de la visita y advertir el sobresalto y angustia reflejados en la cara de la más joven y fea de sus interlocutoras, ha dicho en un arranque de sinceridad:

—Miren ustés, señoras, me son ustés muy simpáticas y voy á decirles la verdad, porque, á mí, vamos, la verdad siempre por delante—y dirigiéndose á Eduvigis: —En primer término, señora, pue usté estar tranquila: á don Lucas no le pasa nada malo, digo, á no ser que haiga descarrilao el tren, que too pudiera suceder.

—¡El tren!... ¿Pero ha salido Lucas de Madrid?...

—Esta mañana, sí, señora. Mi Pepe, mi hijo, le ha bajao la maleta á la estación.

—¿Y sabe usted la causa de viaje tan repentino?...—pregunta Eduvigis con mortal ansiedad.

—Misté, señora...—y la patrona se interrumpe para preguntar á su vez:—¿Usté conoce de veras á don Lucas?...

—¿Que si le conozco?... ¡Como á mí misma! ¡Ya lo creo!...

—Pues, entonces ya sabrá usted que iba á casarse... Güeno, según parece, don Lucas, que vivía malamente de «verlas venir», vamos, como toos los jugadores, que una vez ganan y ciento pierden, pues que tenía puestas toas sus esperanzas en una novia que se había echao en estos últimos tiempos, y que es más fea que un dolor, pero, con más dinero que pesa... Güeno, pues á lo que iba: don Lucas vino anoche á casa con un humor que ni que rabiase de las muelas... Según nos dijo á mí y á los huéspedes, luego de su casamiento le había resultado una pelicular fantástica, vamos, que la novia le salió rana con lo de sus riquezas... A lo que parece, en cuanti se case, ya puede darle memorias á la casa que la dejó un tío suyo, en usufruto... Pero, señora, ¿qué le pasa?... ¿se pone usté mala?...

La cuñada tuvo que apoyarse en el respaldo de una desvencijada silla para no caer redonda al suelo.

—No, no, señora... sólo un vahído...—replica, en un poderoso esfuerzo de voluntad Eduvigis, levantándose.

Tía Patro también se ha puesto en pie, murmurando por lo bajito:

—¡El muy sinvergüenza!...

Hubo un silencio trágico.

La huésped, un si es no es perpleja y recelosa, se dice *in petto*:—¡Me parece que me he colao!...

Doña Eduvigis, dominando su emoción, y esta era tal que el corazón parecía querer saltarsele del pecho, irguióse, majestuosa, imponentísima.

—Cuando vuelva de su viaje ese... señor...— advierte la dama, tratando de disimular la terrible impresión que le ha producido el relato de la patrona, hágame el favor de decirle que, creyendo que trataba con un caballero, y no con un canalla, ha venido á verle su novia, la fea... ¡Buenos días, señora!...

Altiva é imponente, sorbiendo las lágrimas, roto el corazón, desvanecidas para siempre las ilusiones de su vida, Eduvigis, seguida de tía Patro, abandona el miserable hostal.

ALEJANDRO LARRUBIERA

DISUJOS DE MEDINA VERA



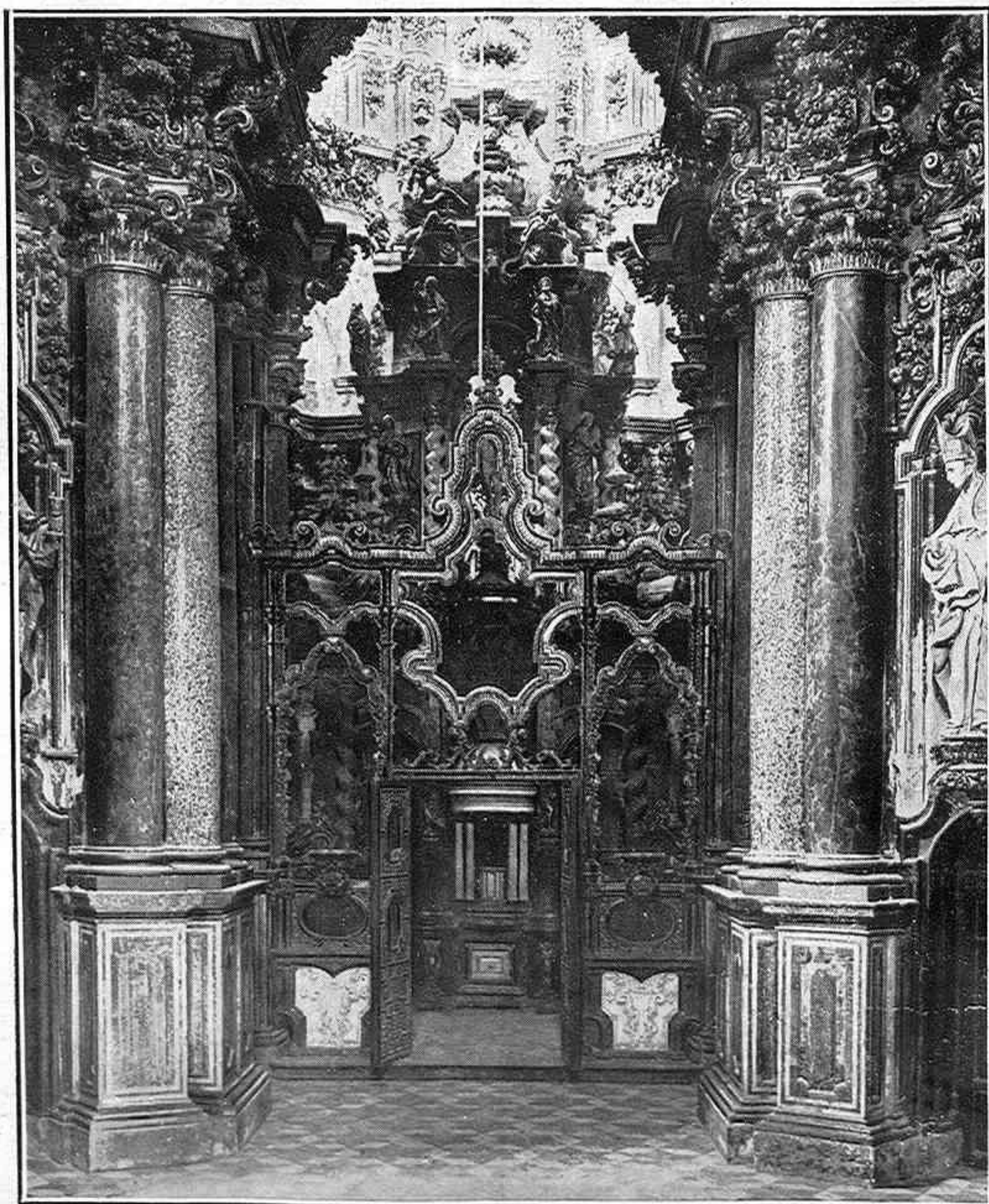
MONUMENTOS ESPAÑOLES
EL MONASTERIO DEL PAULAR



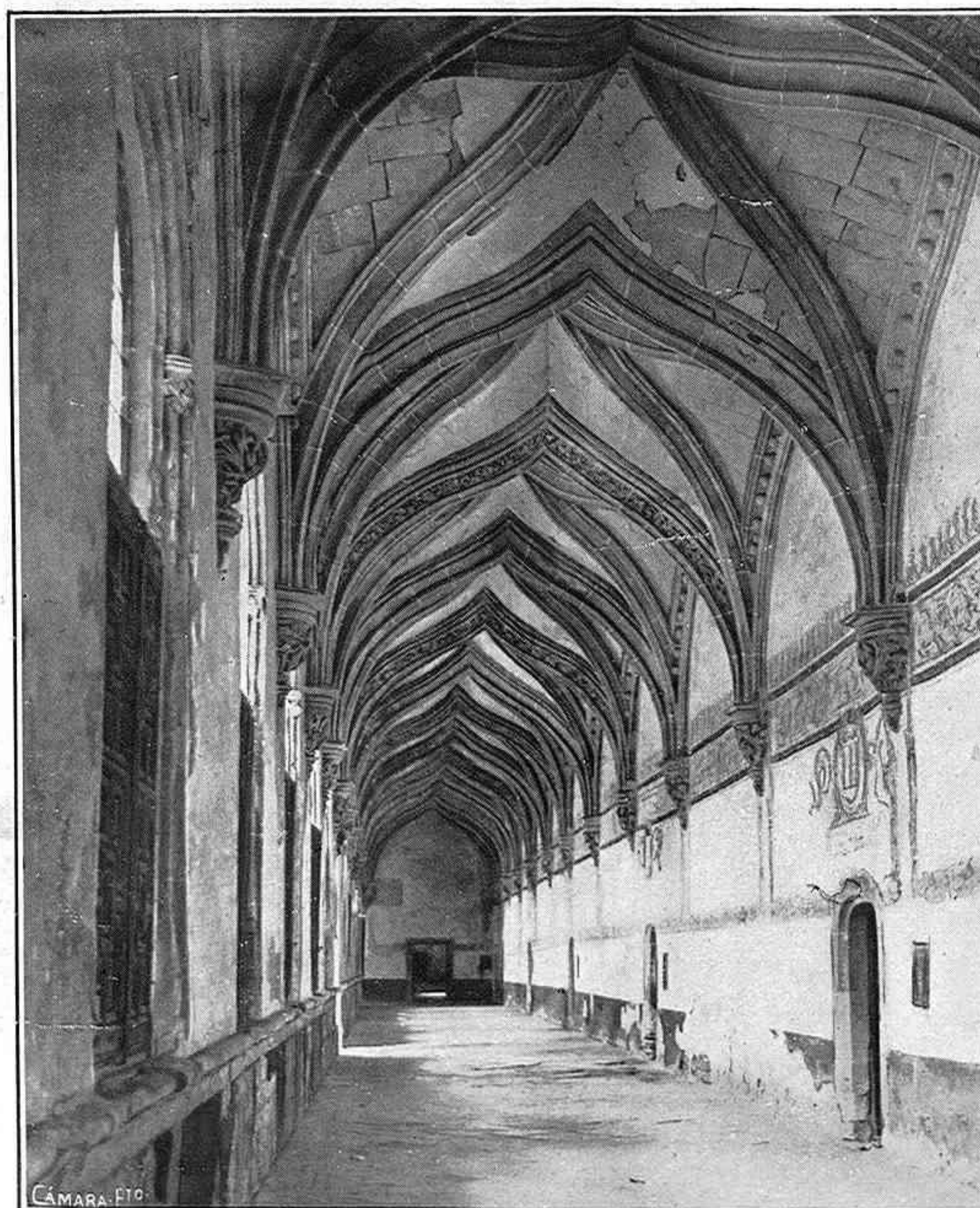
Vista del Monasterio del Paular, desde la huerta

La ola devastadora del tiempo que todo lo destruye y aniquila con saña inexorable, no ha logrado demoler el antiquísimo Monasterio del Paular, que fué erigido en el siglo XIII: ni las crudas ventiscas, ni las copiosas y frecuentes lluvias, ni las horribles tempestades han

podido derruir este edificio, que á pesar de los muchos lustros que han pasado sobre él, aún se muestra altivo y retador destacando su obscura silueta sobre el fondo inmaculado y blanquísimo del terreno en que se halla enclavado... La nieve, que cubre casi eternamente los alrededores del



El tabernáculo del Monasterio



Una nave del claustro

FOTS. MELIÀ

CÁMARA-FOTO

Monasterio, da un fantástico aspecto del vetusto edificio que fué tranquilo y apacible lugar de recogimiento y beatitud y en el cual unos hombres modestos y humildes consagraron su existencia al culto del Hacedor.

No es fácil empresa llegar hasta lo que fué sagrado recinto, pues su situación en plena sierra de Guadarrama rodeado por las montañas de Peñalara y los puertos de la Morcuera y de Malagosto, hacen extraordinariamente difícil el acceso.

No obstante, pocos son los excursionistas que dejan de visitar el Monasterio, donde aún parece aspirarse el ambiente de tranquilidad y reposo que existiría de fijo cuando los monjes lo habitaban.

La valiosa ornamentación del Monasterio ha sido trasladada casi en su totalidad á diversos templos, entre ellos el de San Francisco el Grande, de Madrid, donde fué instalado el coro; mas, sin embargo, pueden admirarse todavía el espléndido altar mayor, que es de riquísima piedra genovesa, y el tabernáculo, labrado con arreglo al afiligranado estilo churrigueresco. En él se destacan un sinnúmero de figuras primorosamente esculpidas y adornadas con una gran profusión de mármoles y dorados de gran valor artístico.

Una considerable parte del interior del Monasterio hállase en ruinas; pero sin embargo, todavía dan idea de la grandiosidad de esta residencia el amplísimo claustro y el severo cementerio, en el cual se conserva el sepulcro del obispo de Moscú.

La iglesia principal, que por la época en que en ella se oficiaba guardaba un considerable número de reliquias, tardó en construirse siete años, y las obras de



Sepultura del obispo de Moscú en el Monasterio del Paular

su edificación dieron comienzo en 1455.

La fundación de este sagrado edificio débese al rey Juan I, y tiene su origen en un voto que hizo su padre y que no pudo cumplir él mismo por haberle sorprendido la muerte antes de realizarlo; pero antes de exhalar el postrero aliento, recomendó á su hijo Don Juan que diese cumplimiento al deber que él se había impuesto y que Dios no le permitió llevar á cabo quitándole la existencia cuando pensaba realizarlo.

En el mes de Agosto de 1390 tomaron los religiosos posesión del Monasterio, y los primeros oficios que en su iglesia se celebraron fueron solemnísimas exequias por el eterno reposo del alma de su fundador.

Desde tiempos muy remotos fué el Paular mansión de recreo de los reyes, y nuestro augusto soberano, acaso tanto por seguir la tradición como por recrear su ánimo fatigado por las altas ocupaciones de su cargo, suele pasar algunas temporadas en estos lugares, cuando con los primeros calores de la primavera comienzan á deshacerse las nieves y el clima se torna bonancible.

Lo que hoy se denomina el Paular, llamóse primero el Pobolar á causa de los pobos y álamos que allí crecían, y más tarde fué trocado este nombre por el del Paular, que hoy ostenta.

Mucho tiempo hace que este edificio fué destinado á diversas industrias, tales como almacenes de maderas y fábricas de cristal; pero en la actualidad, y si nuestras referencias no son equivocadas, hállase completamente deshabitado.

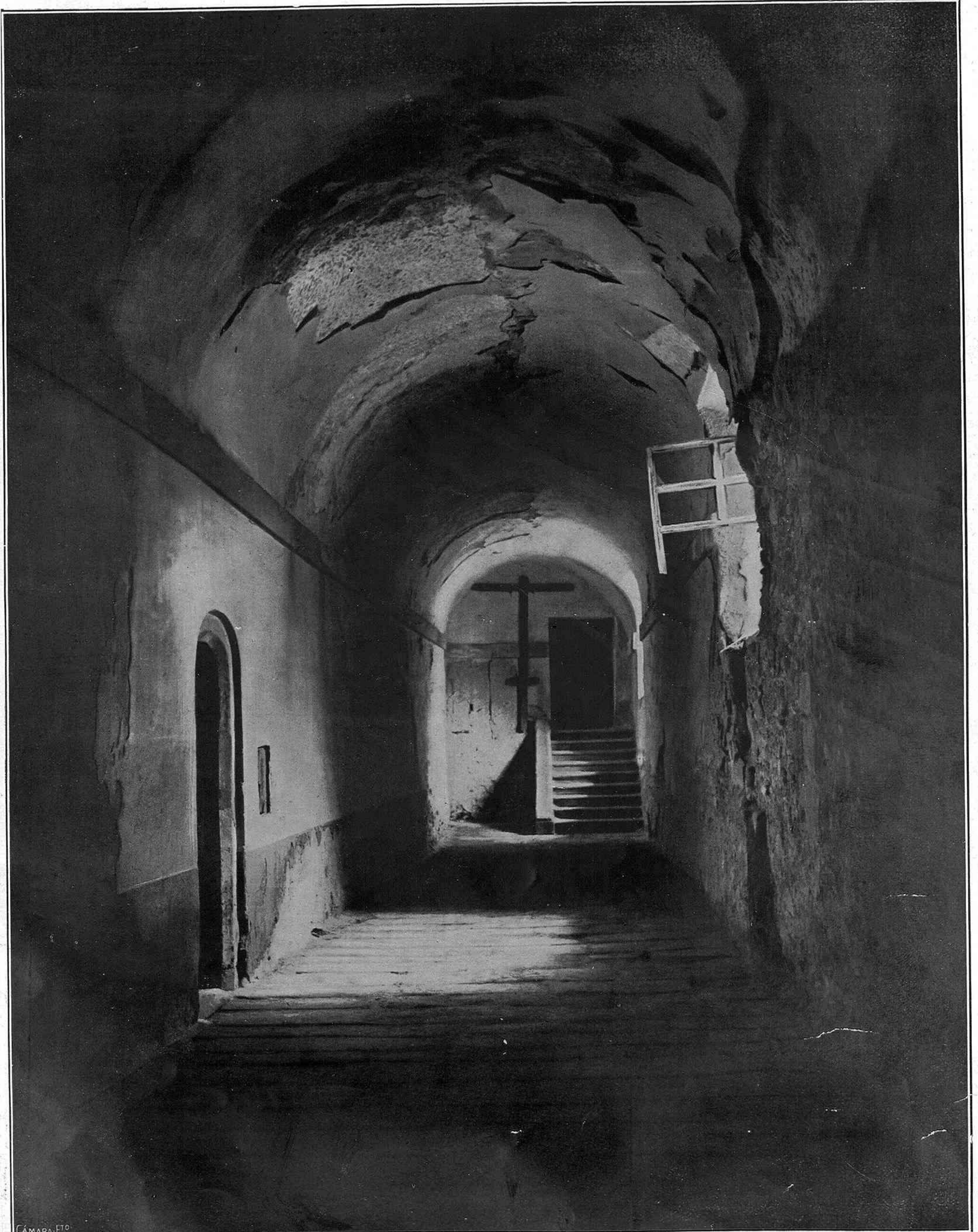
Luis GONZALEZ



Ventanas del hermoso Monasterio del Paular

FOTS. MELIÁ

MONUMENTOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA



CÁMARA.FT0

UNA NAVE DEL CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE PAULAR

FOT. MELIÀ



LAS PLAZAS DE BRUSELAS, DESPUÉS DE UNA REVISTA MILITAR

FOT. ALONSO

BIBLIOTECA MADRID

LOS GRANDES EJÉRCITOS

ODISEA MARCIAL



Oficiales del Ejército austro-húngaro en los Cárpatos, observando al enemigo

Mosaico de razas, pueblos y religiones, el ejército austro-húngaro posee todos los factores del triunfo: valor, disciplina, abnegación y entusiasmo. Hasta nosotros sólo llegan, de vez en vez, las noticias tendenciosamente exageradas de desastres formidables que nos lo representan abatido y deshecho, y de nuevo nos sorprende su rápida reorganización, su ímpetu vigoroso, su enérgica contraofensiva en reacción instantánea que precisa una sólida preparación y una fe inquebrantable.

Creemos en los rusos por sus avasalladoras cifras, por su estoicismo heroico y no sabemos que el pueblo que, en unión de los aguerridos ejércitos alemanes lucha con los moscovitas y contiene las hordas audaces de serbios y montenegrinos, es un pueblo que tiene en la Historia moderna hermosas páginas de bizarría, pueblo que cuenta con un ejército tan disciplinado como el que más, tan diestramente preparado para la lucha como el de sus aliados.

El ejército austriaco marcha á la cabeza de to-

dos los ejércitos en cuanto á material de guerra se refiere; suyos son los famosos skodas de 30,5 que tan eficazmente contribuyeron á la destrucción y toma de las fortificaciones belgas; su material de puentes, sus trenes militares, sus elementos auxiliares de la lucha, dan fe de riqueza y lujo, y por ende el pueblo siente esta guerra, la anhelaba, la creía una necesidad histórica, y tiene confianza en sus tropas, seguridad en el alto mando y firmeza de convicción en la victoria. Un entusiasmo sincero y hondo, de profun-



Soldados austro-húngaros en el campamento orando ante una imagen de la Virgen



Oficiales del Ejército austro-húngaro de tertulia en una de las casetas del campamento

das raigambres, despiden á los regimientos que marchan á campaña; los lazos germánicos se han estrechado en esta marcial alianza en más íntima y fecunda unión.

Austria tiene libre tres de sus fronteras; sólo en los nevados Cárpatos, en la Bukovina y á orillas del Save y del Danubio, tiene que sostener el avasallador empuje de sus adversarios.

En Viena la vida, ni se ha encarecido, ni ha desdibujado la alegría habitual de la ciudad hos-

pitalaria y divertida. Cuentan los cronistas y refieren verídicas noticias particulares, que sólo por el marcial ajetreo y la policromía variable de los vistosos uniformes, se manifiesta la lejana pelea; un patriotismo ferviente acalla duelos y suprime llantos; comerciantes é industriales han aplicado su actividad á dotar al soldado de elementos de defensa contra las inclemencias atmosféricas en el teatro de operaciones, y en los escaparates de las tiendas de la populosa urbe, hay variedad de militares capotes, exótica ropa

interior de papel chino impermeabilizado, abrigos de piel para las extremidades, manguitos, orejeras, polainas, botas especiales para la nieve, todo previsto, atendido todo, y todo muy barato.

Pueblo estudioso, sus librerías son mercados de mapas, planos, obras y opúsculos sobre la guerra.

Tiene fe en el triunfo.

CAPITÁN FONTIBRE

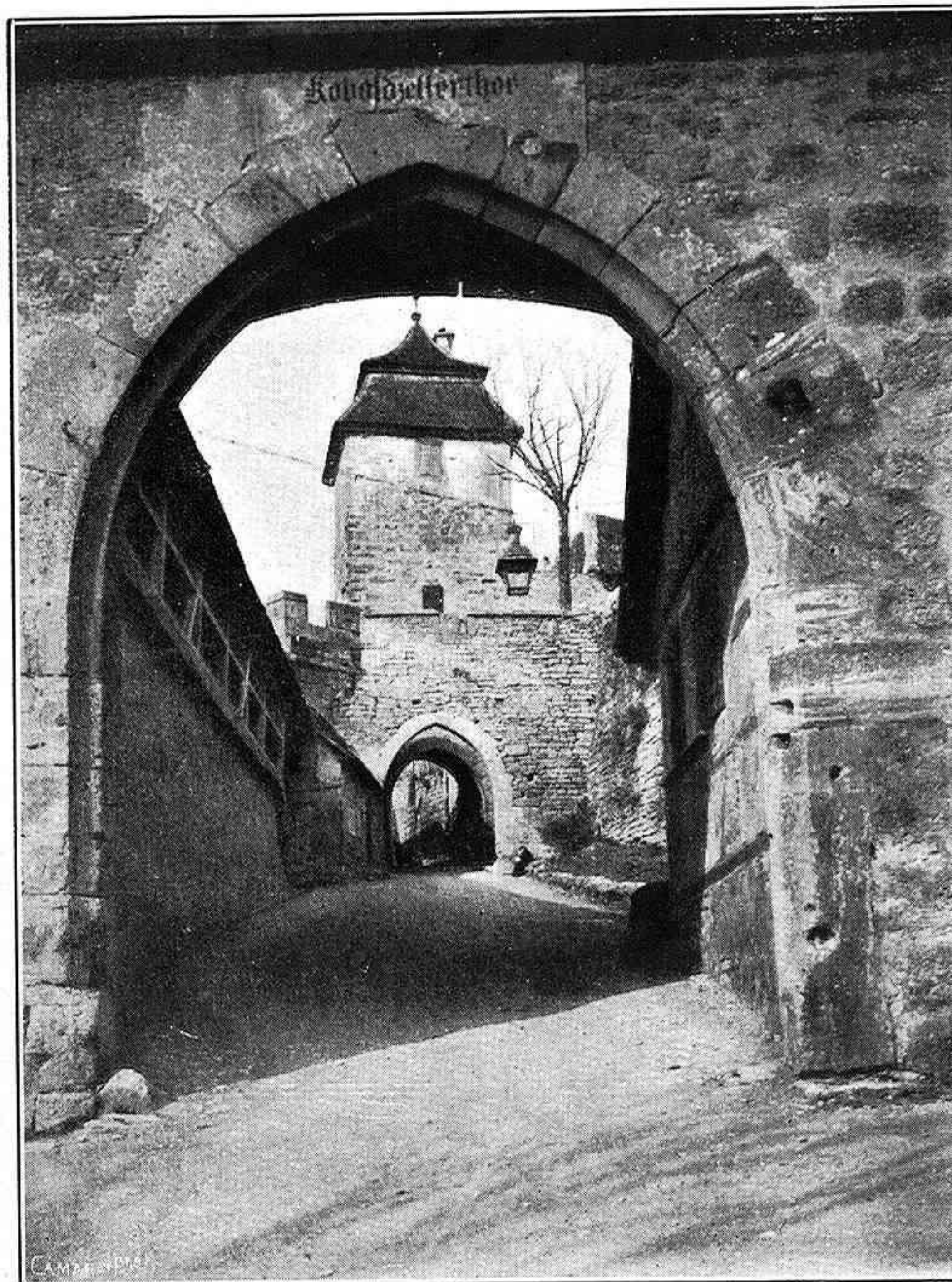


Estación telefónica en el campamento austro-húngaro

MADRID



Una puerta del año 1586



Puerta de Roboldzell en las fortificaciones

LOS DOS ROTHENBURGOS

VIVIENDO EN EL SIGLO XV Y EN EL XX

Me quiere usted decir, amigo mío, por qué se ha tolerado que en Zocodover de Toledo, bajo la mirada imponente del divino Alcázar, se construyan unas flamantes casas, muy repintaditas, como tartas de confitero, y a la vez, por qué se conserva, sin adoquines ni aceras, aquella vía polvorienta que va desde la casa del Greco a Santa María la Blanca y a San Juan de los Reyes?

¿Es que no valía la pena de conservar aquella plaza, con todo su carácter, si no morisco porque en la Reconquista lo perdiera, con el de tiempos de Carlos ó de los Felipes?

¿Es que los arqueólogos españoles creen que el polvo de una carretera tiene valor histórico ó belleza artística, y que para que un turista pueda admirar el estilo mudéjar ó el gótico florido debe asparse y asfixiarse?

Me preguntaba esto un yanqui. Era este hombre un ente inexplicable para mi mentalidad española. Recorría Europa haciendo propaganda de una nueva industria norteamericana: la fabricación mecánica de palillos para la boca. En las tiendas proponía sus paquetes de mondadientes, y a los carpinteros les ofrecía unas maquinillas para hacerlos, aprovechando los trozos de madera desperdiciada. Creaba el mercado y creaba la competencia al mismo tiempo. Además tenía encargo, por un grupo político del Ohio, de estudiar la organi-

zación y funcionamiento de los Municipios españoles; recogía flores y semillas para el herbario de la Harvard University; compraba libros antiguos para la Library of Congress of Washington; buscaba sederías, hilados y bordados viejos para la colección de dibujos de un Sindicato de tejedores de San Luis de Michigán, y con su maquinilla instantánea enfocaba monumentos, calles, casas, cuadros, esculturas, con entusiasmos de hombre

que siente la belleza y que, además, convierte la belleza en dinero. Estas fotografías se las pagaba á dólar un editor de postales neoyorquino. Así, á cada golpe del objetivo, lanzaba una exclamación, sin que se supiera si era de emoción estética ó de alegría por el dólar que se ganaba. Y como si todas estas actividades fuesen pocas, repartía gratuitamente á los centros de enseñanza y bibliotecas que hallaba al paso, opúsculos científicos de la Smithsonian Institution.

—Cada hombre debe trabajar cuanto pueda por la cultura universal,—decía disculpando el tiempo que perdía en esta última ocupación desinteresada.

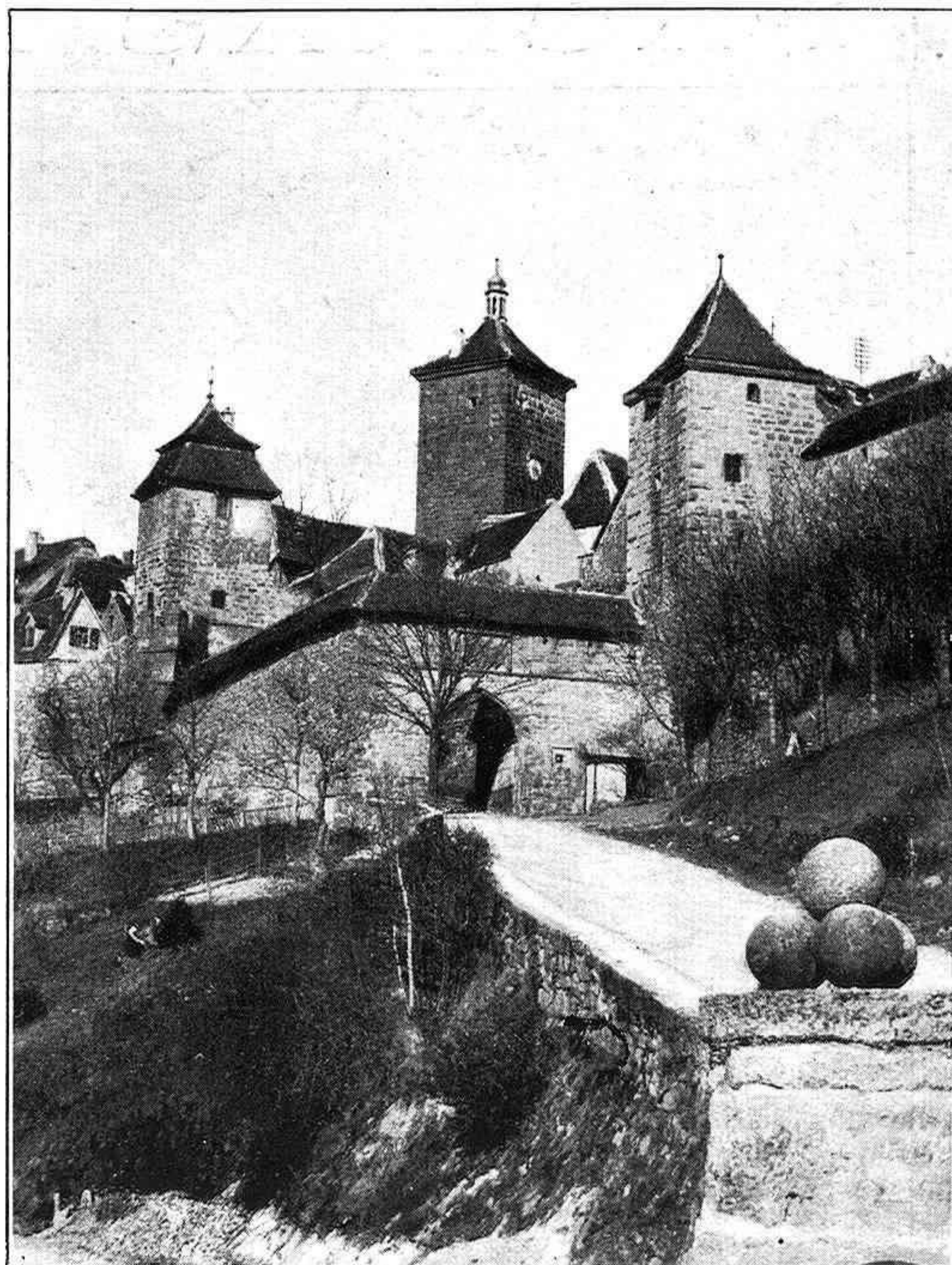
Era una charla amena y pintoresca, como de quien ha viajado mucho y ha aprendido en todos los idiomas á despreciar á los hombres y á admirar sus obras. Yo confesé que, en efecto, en España hemos llegado un poco tarde á amar las viejas piedras de nuestros monumentos artísticos é históricos. Se los ha profanado, se los ha destruído, y así nuestra generación, mucho más espiritual que sus precursoras, no ha encontrado casi nada de la Córdoba árabe, de la Toledo imperial, de la Mérida romana, ni de la Antequera druída. Mas, ¿qué espíritu de arte, qué amor de belleza vamos á pedir á los astures, leoneses y castellanos de nuestra Reconquista? Pero hace tiempo se forja en la opinión de nuestras ciuda-



La torre y la calle de San Marcos, de Rothenburgo, ciudad típica de la Edad Media de Alemania



Torre del castillo de Rothenburgo



Entrada típica en una ciudad alemana

des monumentales un vigoroso concepto, no sólo contra estas profanaciones, sino sobre la necesidad de conservar en cada población su carácter típico, su color local. Así se está haciendo en los ensanches de Sevilla; así ahora en unos juegos florales, un gobernador civil, el de Córdoba, ha señalado este tema.

Al viajero yanqui todo esto le parecía poco. Las innovaciones en la arquitectura toledana eran un crimen. Los cables de la luz eléctrica y el teléfono, apoyándose en los viejos muros, una profanación; la desaparición de los altarcitos callejeros, con sus farolillos de aceite, una ridiculez...

—Toledo debía conservarse como un joyel exquisito, Antes de borrar una letra, de mudar un ladrillo, de quitar el aldabón de una puerta debería ser necesario un acuerdo del Consejo de Ministros, porque hay una suprema fórmula de la civilización, que consiste en la adoración ciega á todo lo bello del pasado. Como hay un Jerusalén y una Meca debería haber ciudades sagradas de Arte..., y las hay... ¿Conoce usted Rothenburgo?

Tuve que confesar mi ignorancia. El vil oficio de Letras no da en España dinero para viajar.

Algunas corresponsalías casuales han facilitado á periodistas españoles residir en París, en Londres, en Berlín, pero viajar á su contento y á su antojo, estudiando, recreándose, como un buen burgués, no ha podido hacerlo ningún escritor español.

—Pues Rothenburgo—continuó diciendo el yanqui—es una admirable ciudad industrial del siglo xx instalada en una poética ciudad del siglo xv. Dos terceras partes de los juguetes que destrozan los chiquillos de todo el mundo están

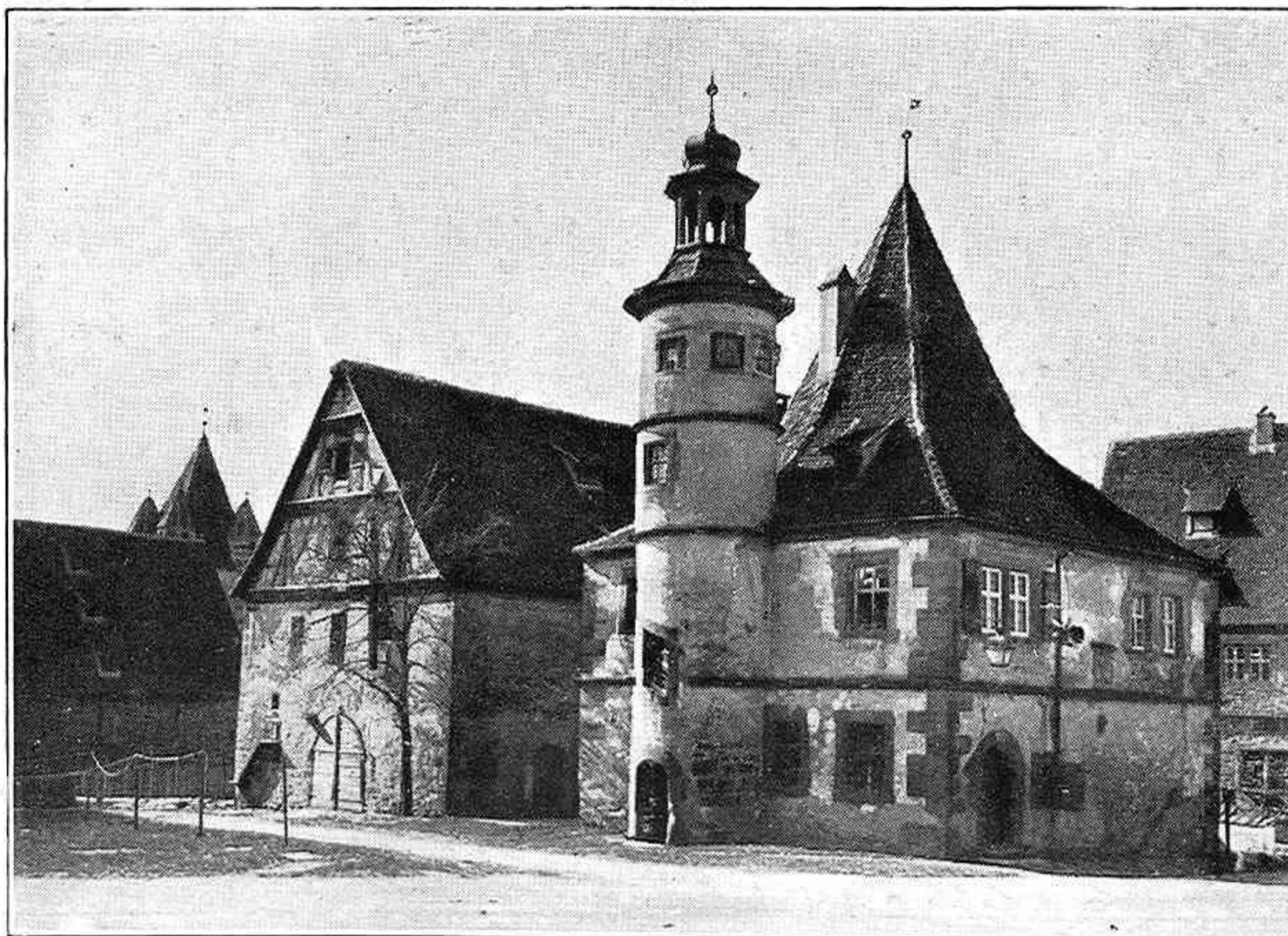
allí fabricados; el oficio de inventor de juguetes es una de las producciones más lucrativas que allí hay. Además, encajes, quincalla, bordados, estampas, un sin fin de productos que invaden todos los mercados... Es una vida febril de colmena laboriosa de obreros, de industriales, de comerciantes, pero las murallas que se reflejan en las ondas del Tauber y circundan la ciudad, las poternas y los arcos, las iglesias y los palacios son hoy los mismos que eran en los siglos xiv y xv. Las calles todas y todas las casas, sin una excepción, son iguales á las que existieron en aquella época. Donde se derriba un edificio, hay que construir su reproducción exacta. En el interior el propietario puede hacer las variaciones y acomodamientos que guste, pero

el exterior, desde la acera al borde del tejado, no le pertenece: es de la comunidad, es de la historia, y así, reconstruyéndose sin renovarse, el Tiempo pasa sobre Rothenburgo, sin pasar, y la ciudad envejece sin envejecer. El adoquinado es admirable, los jardines están cuidados con singular coquetería, los cables eléctricos van por conducciones subterráneas; no hay un solo edificio ruinoso; no hay polvo ni suciedad; todo está como estaba hace cuatrocientos años: las piedras, las maderas, los herrajes... Parece un ensueño. Es un museo vivo, el documento humano más admirable que he encontrado en mis largos viajes. En otra ciudad tendríais que admirar la obra del Renacimiento sólo en la Iglesia de Santiago, que es un magnífico edificio gótico

ó en la torre de la Casa Consistorial, con sus sesenta metros de altura, pero allí no; allí os alegra y satisface más recorrer las calles, la de San Marcos, la Herrengasse, lentamente, mirando á un lado y á otro, casa por casa, ó recorrer el muro exterior, con sus macizas defensas, con sus arcos severos, con sus puentes y pasadizos para daros cuenta de la enorme energía, del esfuerzo de voluntad con que la Humanidad sale de la negra noche espiritual y material de la Edad Media...

Cuando se abandona la ciudad se siente uno poseído de infinita tristeza, como el que se separa de una bella amante á la que no hemos de volver á ver.

Y eso mismo debieran ser muchas ciudades españolas, sobre todo ese admirable relicario de Toledo, que debería conservarse como se conserva la armadura de Carlos V y la casulla pontifical del Cardenal Cisneros...

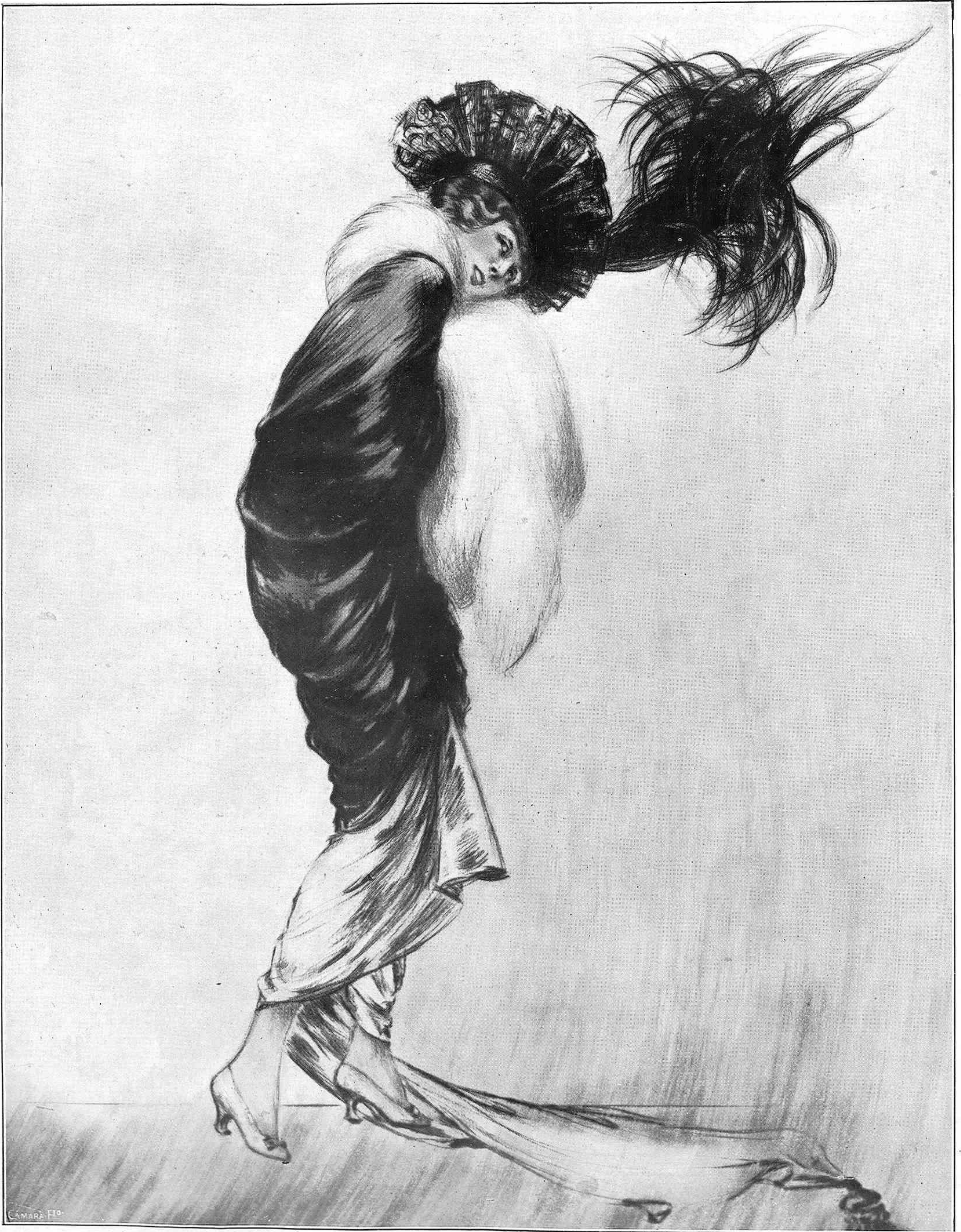


Casa típica del antiguo Rothenburgo

FOTS. HIELSCHER

MÍNIMO ESPAÑOL

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LA DAMA DEL MANGUITO

DIBUJO DE LUIS ICART

LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS
LA CALLE DEL BONETILLO

TODAS ó casi todas las regiones españolas tienen una historia de pecado y arrepentimiento, vinculada á la existencia de alguno de esos hombres osados, temibles, audaces y valientes, grandes, con esa grandeza sobrenatural, que fueron en sus tiempos espanto de sus contemporáneos, para ser luego admiración de aquellos que creyeron ver encarnado en sus hazañas y fechorías eróticas, generalmente el espíritu de la raza.

La leyenda recogió sus nombres y tejió con ellos adorables fábulas; fábulas de caballería y amor que sonaron en las ilusorias noches de nuestra adolescencia apasionada é impaciente. Como en noches medioevales, tañer de vihuelas y rumor de aceros...

Don Miguel de Mañara, D. Félix de Montemar, D. Juan Tenorio. Como símbolos de aquella contrición salvadora y piadosa, todavía viven en el mundo de nuestra Literatura para ejemplo de pecadores y enmienda y escarmiento de réprobos y relapsos...

A un suceso relacionado con la vida de un clérigo disoluto y calavera, debe su origen la famosa calle del Bonetillo, que tenía entrada por la Plaza Mayor, y su salida por la Escalinata.

Veamos lo que acerca de ella dice la Historia, esa Historia que se forma y se ha formado siempre por el pueblo crédulo, y que en resumidas cuentas es tan verdadera como la formada á su arbitrio por el docto y pacienzudo sabio que no conoció más mundo en sesenta ó setenta años de vida, que las cuatro paredes de su despacho, ni más seres que las ratas amigas, devoradoras de viejos infolios y sabrosos pergaminos.

Allá por aquellos tiempos en que gobernaba á España D. Felipe II el prudente ó el sanguinario, había en Madrid un beneficiado de la Iglesia Parroquial de la Santa Cruz, llamado D. Juan Henríquez, á quien para distinguirlo de su hermano que llevaba el mismo nombre, denominaban «El Clérigo».

Era él no muy buen eclesiástico, hombre pendenciero, jugador y calavera y muy amigo del príncipe D. Carlos, al que daba malos consejos en contra de su padre y rey.

A tales extremos llegó dicha amistad que el Cardenal Espinosa le prohibió que visitase al Príncipe.

Pero D. Juan, lejos de escuchar los consejos y admoniciones de su superior, siguió su vida de siempre sin que le enmendasen los castigos y reclusiones que el Cardenal le impuso.



Viendo éste que aquello no tenía remedio si no se le aplicaba una severa sanción, quiso amedrentarlo, haciéndole ver su propio entierro.

Y así se realizó.

En las altas horas de una noche fría y medrosa, volvía D. Juan hacia su casa, situada en las proximidades de los Caños del Peral, malhumorado y furioso.

Acababa de perder en una casa de las frecuentadas por gente maleante, el importe de su cóngrua.

Caminaba el hombre, cejijunto y triste, cuando divisó á lo lejos la luz amarillenta de unas antorchas, y oyó los cantos graves y solemnes propios de las ceremonias fúnebres.

Movido por la curiosidad se acercó á la antigua Plaza Mayor y vió un entierro que iba con dirección á la Santa Cruz.

Pasaron los estandartes de las cofradías y detrás los hermanos de la Venerable Orden Tercera que traían un féretro.

Sobre el ataúd un cáliz y un bonete.

No sabiendo de quién sería aquel suntuoso entierro, preguntó el curioso á uno de los acompañantes por el nombre del difunto.

aquella terrible escena estaba el clérigo, cuando llegó á él un familiar de la Inquisición, que le detuvo.

D. Juan Henríquez fué llevado á Toledo con gran sigilo, en cuya ciudad estuvo poco más de cuatro años.

Al fin, arrepentido y contrito, una vez en libertad volvió á la corte, hizo ejercicios purificados en la casa profesa de San Francisco de Borja, y el vicario Neroni lo repuso en su antiguo cargo.

Desempeñándolo murió, siendo sepultados sus restos en la misma Iglesia de Santa Cruz.

En cuanto á la casa que en vida ocupó el clérigo, y en la que se desarrollaron los sucesos referidos, quedóle el nombre de casa del Bonetillo Colorado, y nadie se atrevió á comprarla.

Después de muchos años fué demolida, quedándole á la calle la denominación ya citada...

La imaginación popular creadora de estas historias y leyendas, pone siempre en su desarrollo el edificante ejemplo de la muerte, que siempre ha sido para los hombres, fuente de virtudes y maestro de la vida...

—Es D. Juan Henríquez, el clérigo— contestó el interpe-

lado.
 —Tú estás borracho— replicó don Juan.—Yo soy don Juan Henríquez...

Y tornó á dirigir la misma pregunta á muchos acompañantes que le dieron igual respuesta.

Erizándosele el cabello, corrió lleno de pavor á su domicilio y halló su casa abierta, y en una habitación una mesa con el paño negro encima y alrededor cuatro blandones mortuorios...

No creyendo en lo que veían sus ojos, interrogó á los vecinos que le contaron diciéndole: que de allí habían sacado un cadáver, que manifestaron ser de D. Juan Henríquez, y que aunque á él lo veían y conocían, también estaban seguros de haber visto el entierro.

Atónito quedó el clérigo y errante anduvo hasta la mañana siguiente en que se presentó en la Parroquia.

Allí le dijeron que ya estaba provista su vacante, y en los libros de sepelio considerado como difunto.

Volvió á su casa.

En aquellas pocas horas había envejecido un siglo.

Y cuando llegó nuevamente á su morada hallóla ocupada por la justicia, que había clavado la puerta, secuestrado todo lo que en la casa encontró, y clavado en un palo sobre el tejado el bonete de don Juan...

Contemplando aquella terrible escena estaba el clérigo, cuando llegó á él un familiar de la Inquisición, que le detuvo.

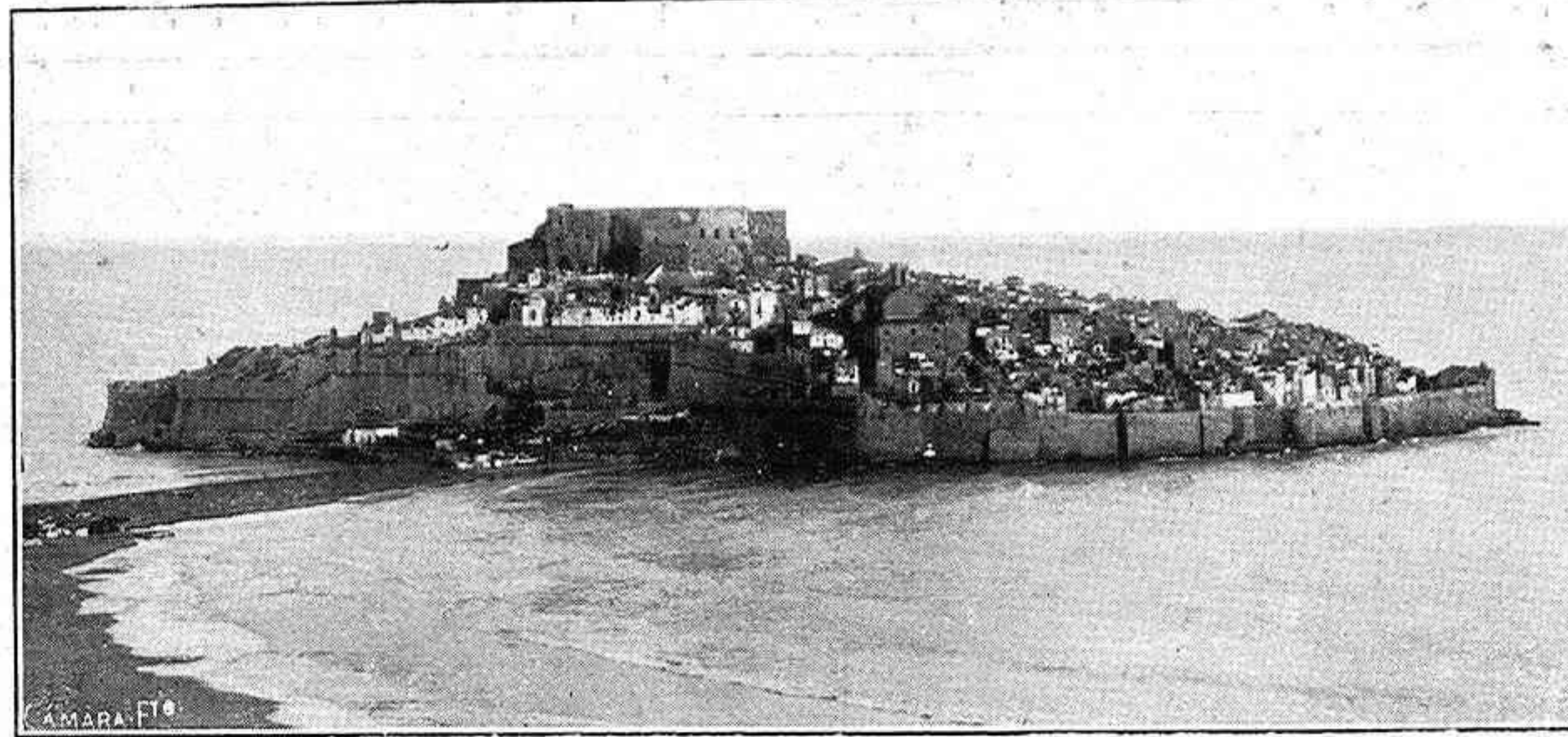
VIAJANDO POR ESPAÑA: PEÑÍSCOLA

EN la provincia de Castellón y en aquel pintoresco trozo de costa comprendido entre Benicarló y Alcalá de Chisvert, es donde Peñíscola, la famosa Quersoneso ó *Acrallence*, de que hablan los historiadores antiguos, levanta la bizarría milenaria y amarillenta de sus murallones. Peñíscola repite el capricho geológico que sorprende al viajero en la península de Las Palomas, delante de Tarifa. Por aquella parte, entre el Mediterráneo manso y azul y los montes de Irta, la playa castellanense deslízase curva y suave como una cadera de mujer; no hay allí acantilados, ni peñascales hoscas, que ahuequen y hagan procelosa la voz del mar, el suelo es arenoso, fácil, muelle, y sobre su blandura las olas espumantes se alargan, se debilitan y desfallecen, con fatigado suspirar. De pronto—y he aquí el gran capricho del paisaje—una lengua de tierra, ancha como de nueve ó diez metros, se desprende del continente y, semejante á un brazo, avanza, cerca de medio kilómetro, dentro del pílagos. Allí surge el monte peñíscolano, redondo, amogotado, duro, de laderas estériles, enhiestas y esquivas, que sirve de perdurable cimiento á la ciudad; sus perfiles bélicos se destacan rotundos del inmenso horizonte tranquilo; un regalo parece que la ribera, graciosamente, le enseñase al mar.

Lugar tan aislado y abrupto, necesariamente había de tener para cuantos pueblos visitaron la península Ibérica, una indiscutible importancia militar. Algunos autores atribuyen el origen de la ciudad á los griegos focenses, otros á los fenicios; quién asegura que su primitiva denominación fué Carna; quién la llama *Castrum album*, castillo alto; quién la designa con el nombre más exacto y poético de *Castrum album*, castillo blanco, pues contemplada desde el Océano, algo así, refulgente y albo como una pirámide de sal, debía de parecer. Siempre fué Peñíscola plaza fuerte, y Anibal Barca dejó en ella algunos bastiones que todavía pregonan la reciedumbre formidable de su espíritu guerrero, del espíritu cartaginés. Don Jaime I el Conquistador, el infatigable, la ganó á los moros é hizo donación de ella á los Templarios; y más adelante, consumado el suplicio de Jacobo de Molay, último gran Maestro de la Orden, pasó á poder de los Caballeros Sanjuanistas, y luego á los muy ilustres de Montesa. Habiéndose resistido tenazmente á las tropas del Archiduque en la guerra de Sucesión, Felipe V la honró declarando «Notables» á cuantos individuos constituyeran el Ayuntamiento durante el sitio. Cuando las guerras napoleónicas, en 1811, Peñíscola fué cañoneada terriblemente por los franceses y hubo de rendirse al mariscal Suchet, duque de la Albufera. Tres años más tarde la reconquistaba para España el general Elío. Tal es la historia sucinta de ese peñón que ha bebido más sangre de griegos, de fenicios, de romanos, de cartagineses, de cristianos y de moros, que agua vertieron sobre él las nubes.

Todo el caserío peñíscolano hállase totalmente circundado por murallas centenarias, erizadas de casamatas, de baluartes y de garitas vigilantes, contra cuyas zafatas, firmísimamente asentadas sobre la roca viva, en vano, desde hace siglos, se rompen las olas. ¿Qué endiablada argamasa liga unas con otras esas piedras, así combatidas por la naturaleza, como por los hombres? Nadie sabría decirlo. Pero la observación más minuciosa no hallaría en ellas ni una desavenencia, ni una sutura, ni el más imperceptible signo de vejez. Nada comenzó aún á desmoronarse; todo resiste: los arcos, los puentes, los postigos del castillo cuadrado que domina á la ciudad, las escaleras labradas en los flancos del peñón hasta el mar, para favorecer el alijo de las embarcaciones; creíase que tan maravillosa fábrica no es obra humana, sino del mundo mismo, y que sólo con él ha de concluir.

Guiados por don Juan José Febrer, he-

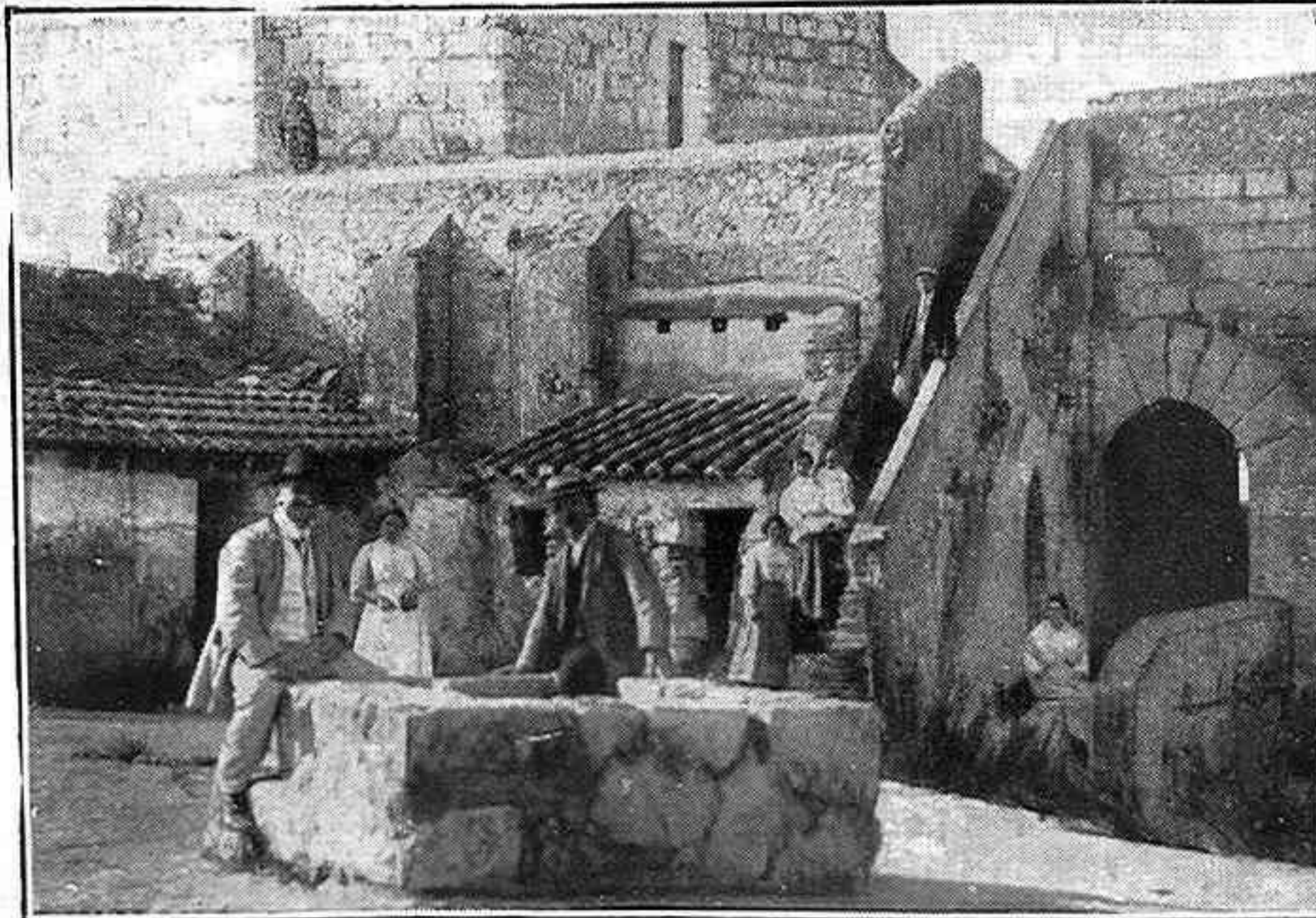


Vista general de Peñíscola, tomada desde la rada Sur

mos visitado este curiosísimo rincón español, lleno de esos vestigios desde donde Nuestra Señora la Historia, y su hermana menor y más graciosa, Nuestra Señora la Leyenda, sonríen al turista.

Consta la población de cerca de 3.000 habitantes. No hay dos calles situadas en el mismo plano, pues todas se hallan separadas entre sí, por varios metros de altura, y para recorrer las transversales, ó sean las perpendiculares al mar, es necesario muchas veces apoyarse sobre un bastón. Las casas, de uno y dos pisos, son de vetusta estructura y abigarrada trabazón: éstas ostentan largos aleros, oscuros y enormes balcones apoyados en barrotes de hierro; aquéllas sólo tienen ventanucos lóbregos, enemigos de la luz y recelosos como saeteras; hay portalones amplios, que recuerdan el aspecto hospitalario de los mesones andaluces, y puerrecillas sórdidas, por las cuales un hombre corpulento, apenas podría entrar. Unas fachadas adelantan, rebeldes y audaces; otras retroceden, avaras y tímidas, y así las aceras ofrecen una constante irregularidad. El suelo es tan pendiente, que no hay dos tejados á la misma altura, al extremo de que los caballetes de unas casas alcanzan el nivel de los cimientos de las casas vecinas. En las calles, con solado de empedradillo, una pelota, abandonada á sí misma, rodaría hasta la playa, y por ellas durante los días de lluvia, el agua, como en las torrenteras, baja cantando y espumosa.

Llaman la atención del visitante la circunstancia de que en las entrañas de este peñón árido y separado de la costa, exista un copiosísimo manantial de agua potable, una vena riquísima, capaz de satisfacer á muchos millones de hombres sedientos; y también el antojo sísmico llamado «El bufador». Consiste en un agujero, en una especie de pozo ó espiráculo, cavado por la naturaleza en el comedio de una plazoleta. Este abismo circular, de paredes graníticas, se comunica subterráneamente con el Océano. Basta asomarse á él y escuchar algunos segundos, para comprenderlo. Aquella oquedad tiene las condiciones acústicas de las bóvedas, y en su amplitud vibrante, eternamente se oye el mur-



Vista interior del castillo de Peñíscola y habitación del Papa Luna

FOTS. FEBRER

murio de las olas. Por eso el pueblo con su hablar colorista, dice «que bufa». En los días de borrasca, ese murmullo es griterío furioso; las aguas embravecidas penetran por el subterráneo, restallantes, flageladoras, y prorrumpen en desgarradores alaridos; se las ve avanzar, retroceder, tornar de nuevo, mordiendo impotentes la roca durísima. A veces, cuando el oleaje es muy fuerte, el mar llena el pozo, y saliendo de él en forma de chorro, como de una fuente, inunda la plaza. Diríase entonces que el peñón ha recibido una cuchillada y que su sangre, color de plata, brota intermitente por allí.

También son de admirar, amén de otros muchos rincones desde los cuales se avizoran panoramas lindísimos, la iglesia de Nuestra Señora Ermitaña, donde la tradición coloca el martirio de los discípulos de Santiago; la iglesia parroquial, con su nave ojival, su presbiterio corintio, y un cáliz y una cruz que pertenecieron á Benedicto XIII; y, finalmente, la austera habitación donde vivió y murió aquel famoso antipapa.

La historia del temible illecano don Pedro de Luna, vulgarmente llamado «el Papa Luna», es una de las biografías más intensas, accidentadas y voluntariosas, que nadie pudiera imaginar. Por las líneas generales de su vivir ejemplarísimo, por el tesón inexorable que puso en la defensa de sus derechos, por la valentía que demostró siempre que fué necesario, en poner de parte suya la decisiva razón de la espada, y hasta por la misma resistencia que opuso á morir, acreditó aquel hombre—que falleció nonagenario—el excepcional vigor de su estirpe aragonesa.

... Y en verdad que merece narrarse, si quiera sea brevísimamente, la novela de su tan violento corazón que ardió, noventa años seguidos, con todas las llamas de la ambición y del odio. Nombrado cardenal, por Gregorio XI, don Pedro de Luna llegó á ser arzobispo de Zaragoza, y más tarde, ya viejo, fué elegido Papa, en Avignon, como sucesor del antipapa Clemente VII, al mismo tiempo que los cardenales romanos daban posesión de la Santa Silla á Bonifacio IX. Don Pedro de Luna tomó el nombre de Benedicto XIII, y prometió solemnemente que, de no concluir con el cisma, renunciaría al papado; mas no cumplió lo ofrecido y ello le captó la enemistad de Carlos VI de Francia. Sitiado en Avignon, resistió ocho meses, y aún hubiese hallado recursos para defenderse más tiempo, si cierto caballero normando, apellidado Braquemont, no le facilitase los medios de huir. Trasladóse entonces con parte de sus tropas á Chartray-Reynard, donde continuó la lucha, y finalmente, viendo diezmadadas sus huestes, emigró á Cataluña. Poco á poco, su estrella iba anublándose. Cuando ya estaba muy caído, don Alfonso V, rey de Aragón, que admiraba su raro talento y el firmísimo acero de su carácter, le otorgó un refugio en el castillo de Peñíscola, y allí expiró sin abdicar, á los noventa años de vida y treinta de pontificado. Aquel peñón solitario fué para él, lo que el islote de Santa Elena para Napoleón. En el fiero trance de la muerte, de todos los religiosos y hombres de armas que durante años le habían seguido, sólo dos cardenales le acompañaron y tuvieron para él una oración.

Nada resta de aquéllo. Hoy, el guía que camina á nuestro lado, nos dice:

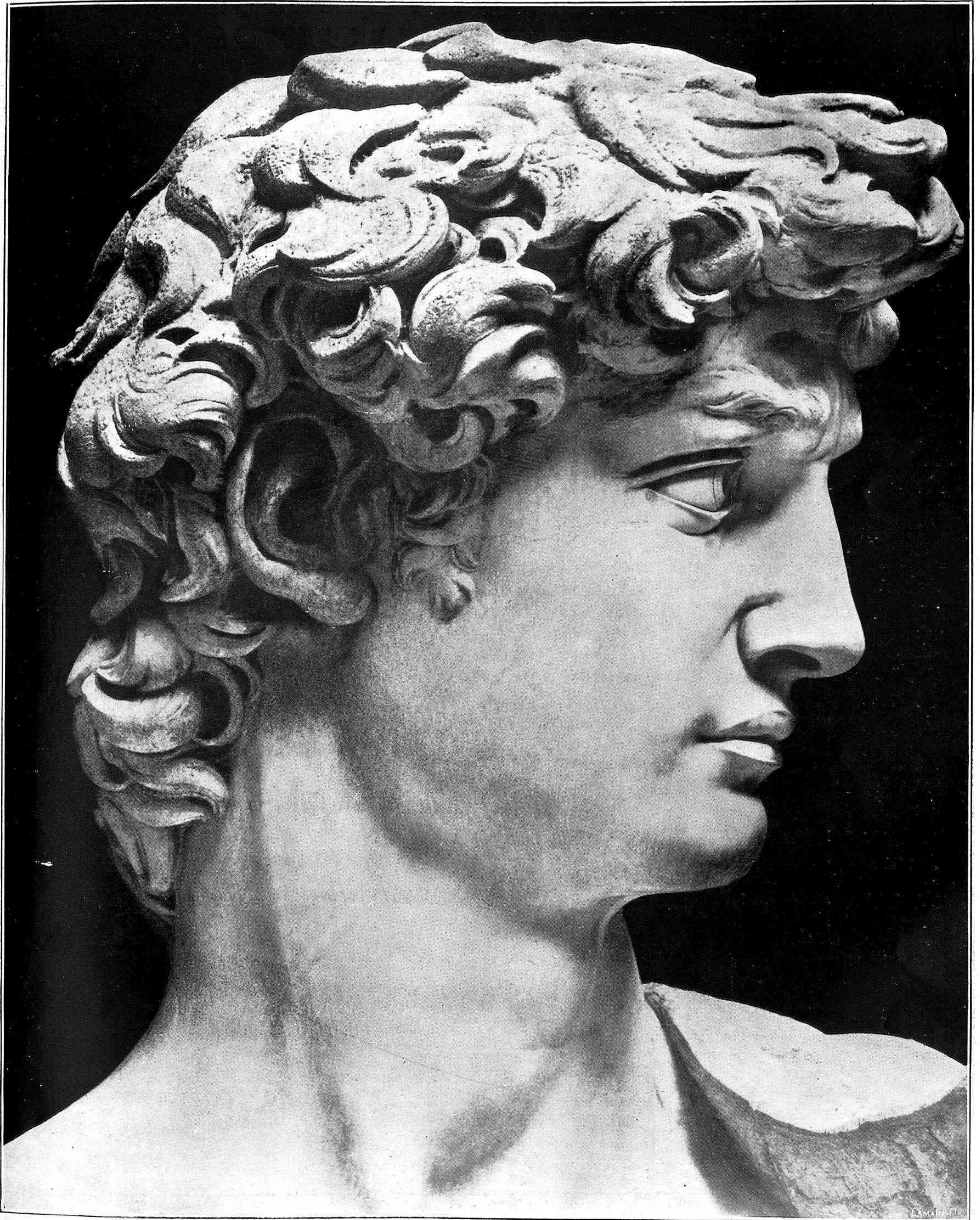
—Esta es la habitación del Papa Luna. Vea usted, en el suelo, las señales que dejaron las cuatro patas de su lecho. Aquí escribía. Al otro lado de esa puerta hay una escalera que le permitía el acceso á la muralla. Por esta ventana contemplaba el mar...

Muerto Benedicto XIII, Peñíscola, que un día tuvo prestigios y resplandores de altar, perdió su paramento. Triste, abandonada, modificada, inútil, sin otra vida que la de sus recuerdos, su dolor es el dolor silencioso de las jaulas vacías.

EDUARDO ZAMACOIS

LA ESFERA

LA ESCULTURA CLÁSICA



DAVID

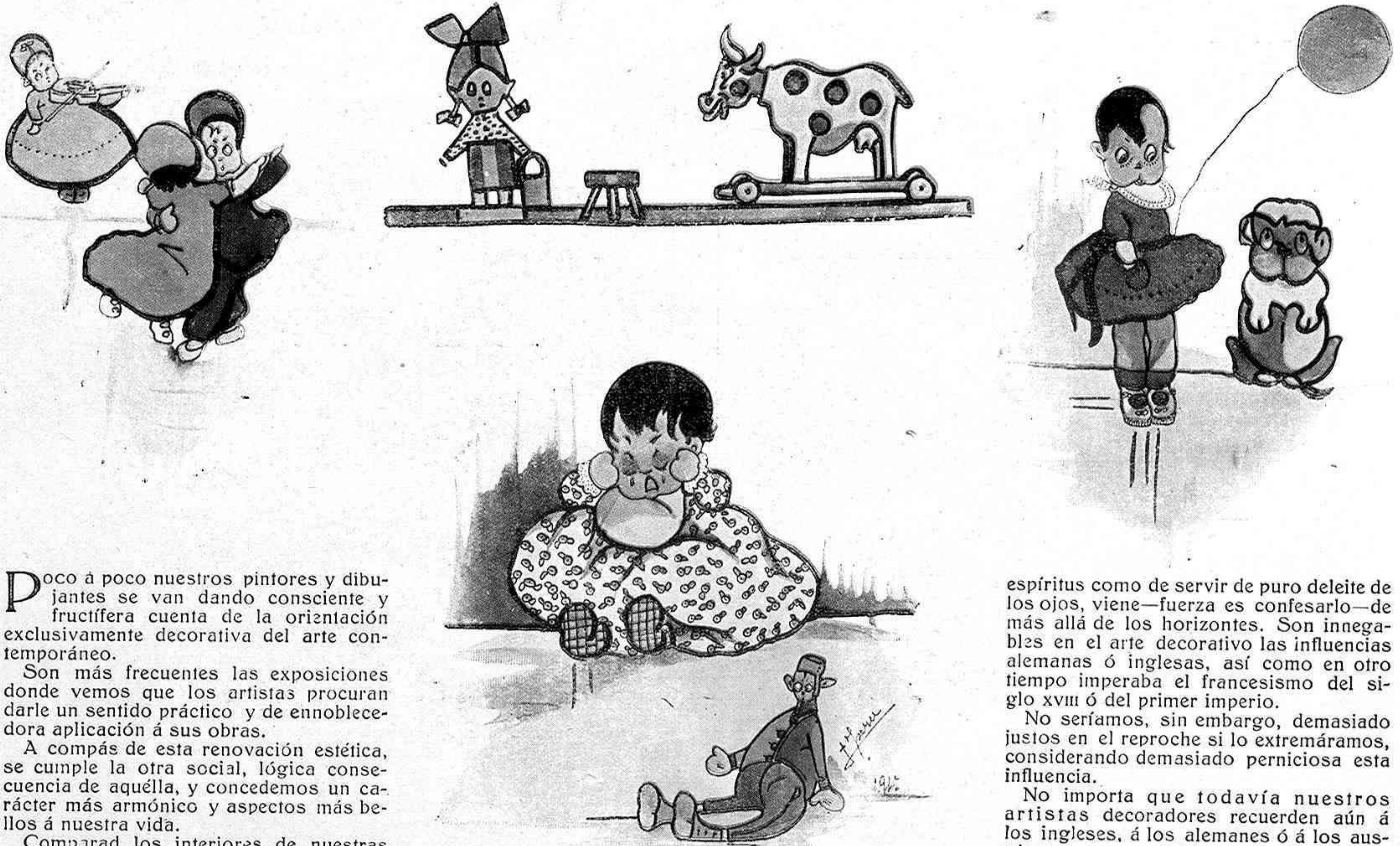
Fragmento de la colosal escultura de Miguel Angel, que se conserva en Florencia



COMAR.FI

UN NUEVO ARTISTA DECORADOR

TOMÁS ISERN



Poco a poco nuestros pintores y dibujantes se van dando consciente y fructífera cuenta de la orientación exclusivamente decorativa del arte contemporáneo.

Son más frecuentes las exposiciones donde vemos que los artistas procuran darle un sentido práctico y de ennoblecadora aplicación a sus obras.

A compás de esta renovación estética, se cumple la otra social, lógica consecuencia de aquella, y concedemos un carácter más armónico y aspectos más bellos a nuestra vida.

Comparad los interiores de nuestras casas modernas con las de aquellas donde nacimos (sin necesidad de retroceder demasiado en busca del contraste) y veremos cómo hoy procuramos idealizar, embellecer, depurar más cuanto nos rodea y cuanto puede influir en las ideas y actos que informan nuestra existencia.

Esta labor tan de ética como de estética, tan capaz de ennoblecen los

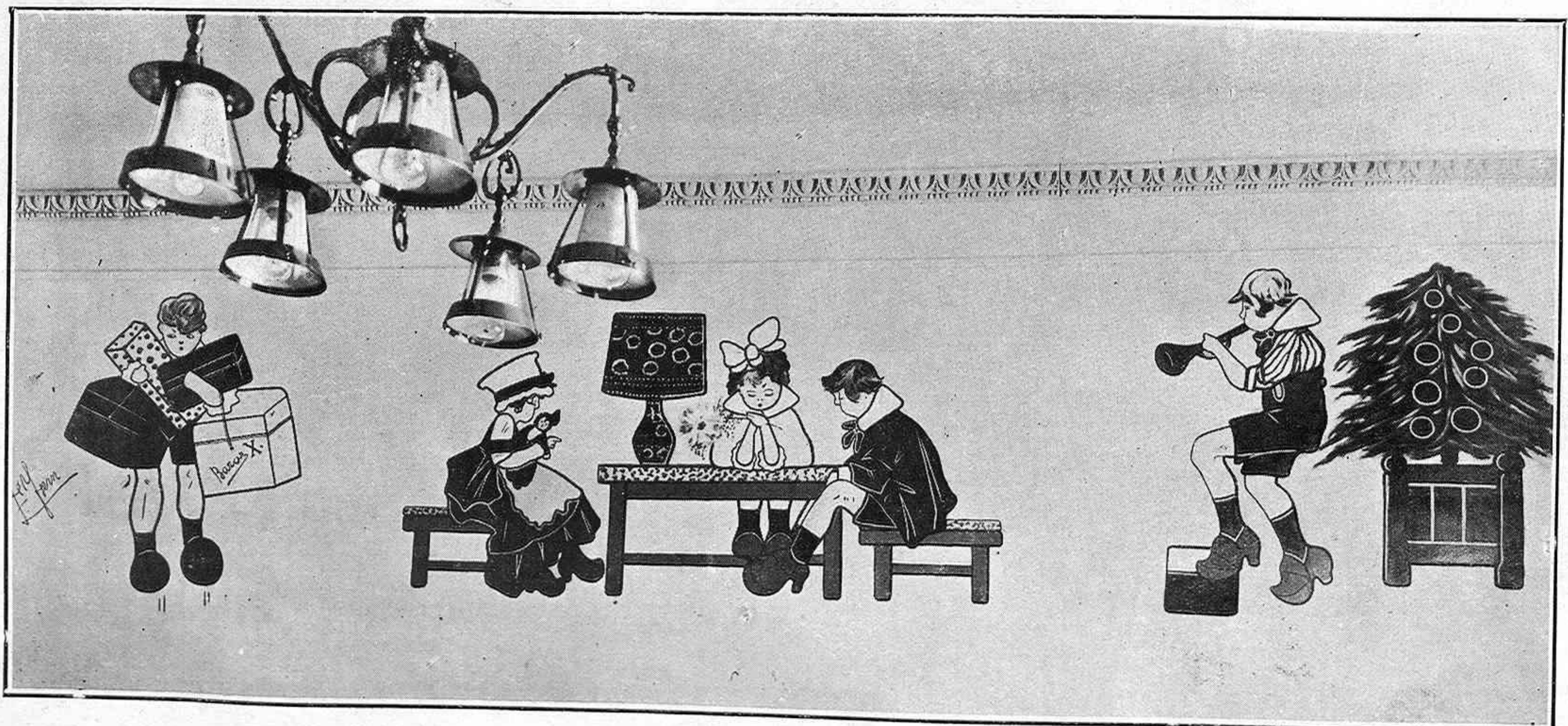
espíritus como de servir de puro deleite de los ojos, viene—fuerza es confesarlo—de más allá de los horizontes. Son innegables en el arte decorativo las influencias alemanas ó inglesas, así como en otro tiempo imperaba el francesismo del siglo XVIII ó del primer imperio.

No seríamos, sin embargo, demasiado justos en el reproche si lo extremáramos, considerando demasiado pernicioso esta influencia.

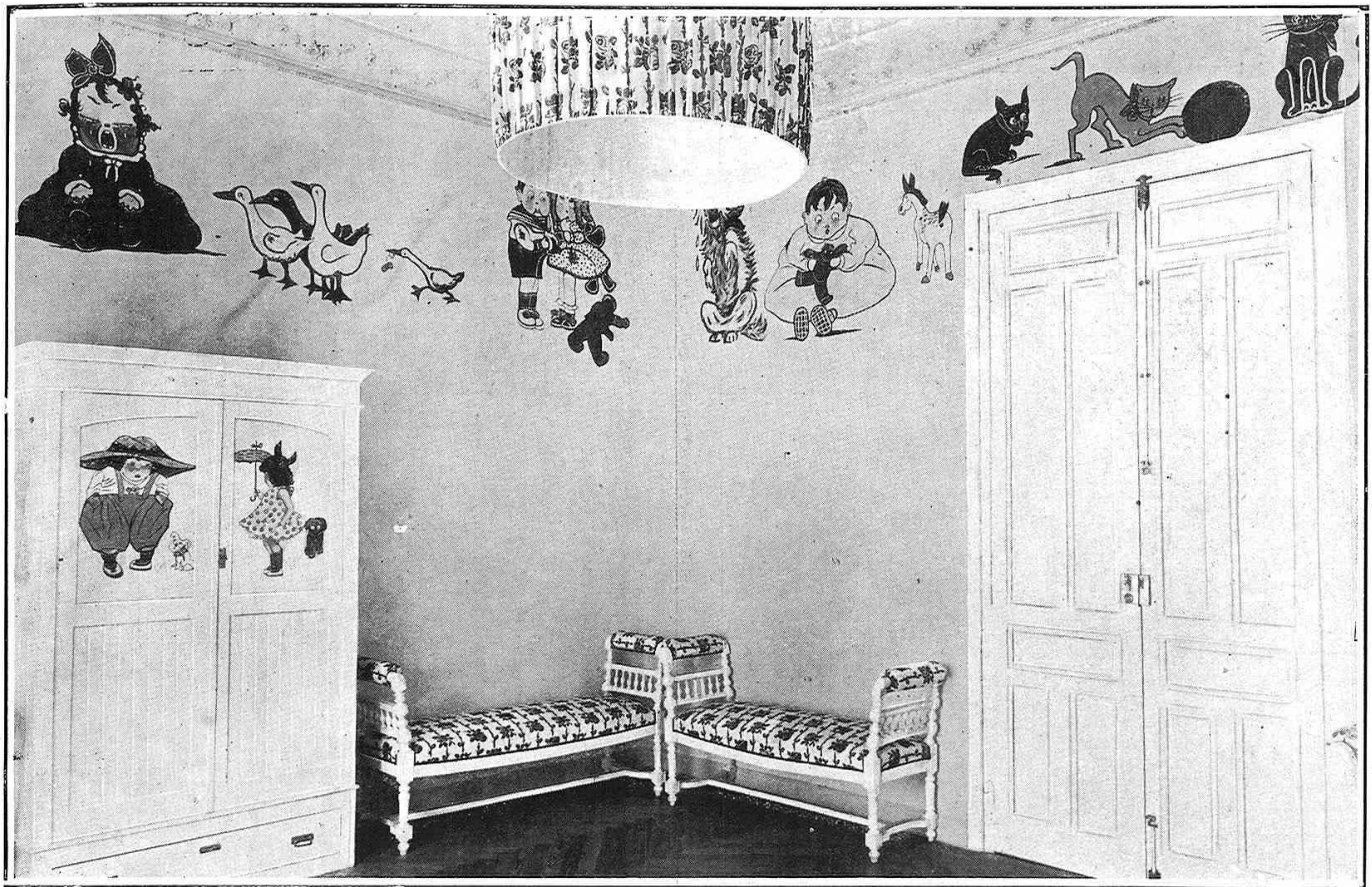
No importa que todavía nuestros artistas decoradores recuerden aún á los ingleses, á los alemanes ó á los austriacos—no se olvide que de Austria llegó la modernísima renovación del arte decorativo,—porque en la historia del arte

vemos que á un verdadero renacimiento precedió siempre una época de ajenas asimilaciones.

Hoy vamos á hablar de un pintor joven y casi desconocido; pero que lentamente ha ido formándose una personalidad como decorador de...



Friso decorativo de Tomás Isern



Conjunto de obras de arte aplicado, originales de Tomás Isern

cuartos de niños. Sí, amigo lector. En las casas modernas los cuartos de los niños tienen una importancia que nuestros padres, y mucho menos nuestros abuelos, no les concedieron.

El cuarto de *Baby* ha de ser tan bonito como el tocador de mamá y mucho más alegre que el despacho de papá.

Nada de aquellos «cuartos de juguetes» ó «leonerías» de las antiguas casas burguesas: nada de la convivencia en un mismo cuarto de los padres y los hijos. La vida moderna acaso tenga muchos motivos desagradables para los sentimentales; pero, en cambio, es más práctica, más higiénica, más dentro de la encauzadora misión de preparar el porvenir.

Baby se acostumbra en su alcobita limpia, rodeado de sus mueblecitos frágiles, entre sus claras telas y sus alegres pinturas, á respetar y amar la belleza, y á te-

Son siluetas infantiles que recuerdan estos modernos muñecos ingleses ó alemanes. Corren en frisos alegres ó decoran muebles ó sirven para ser bordadas en almohadones y cortinas.

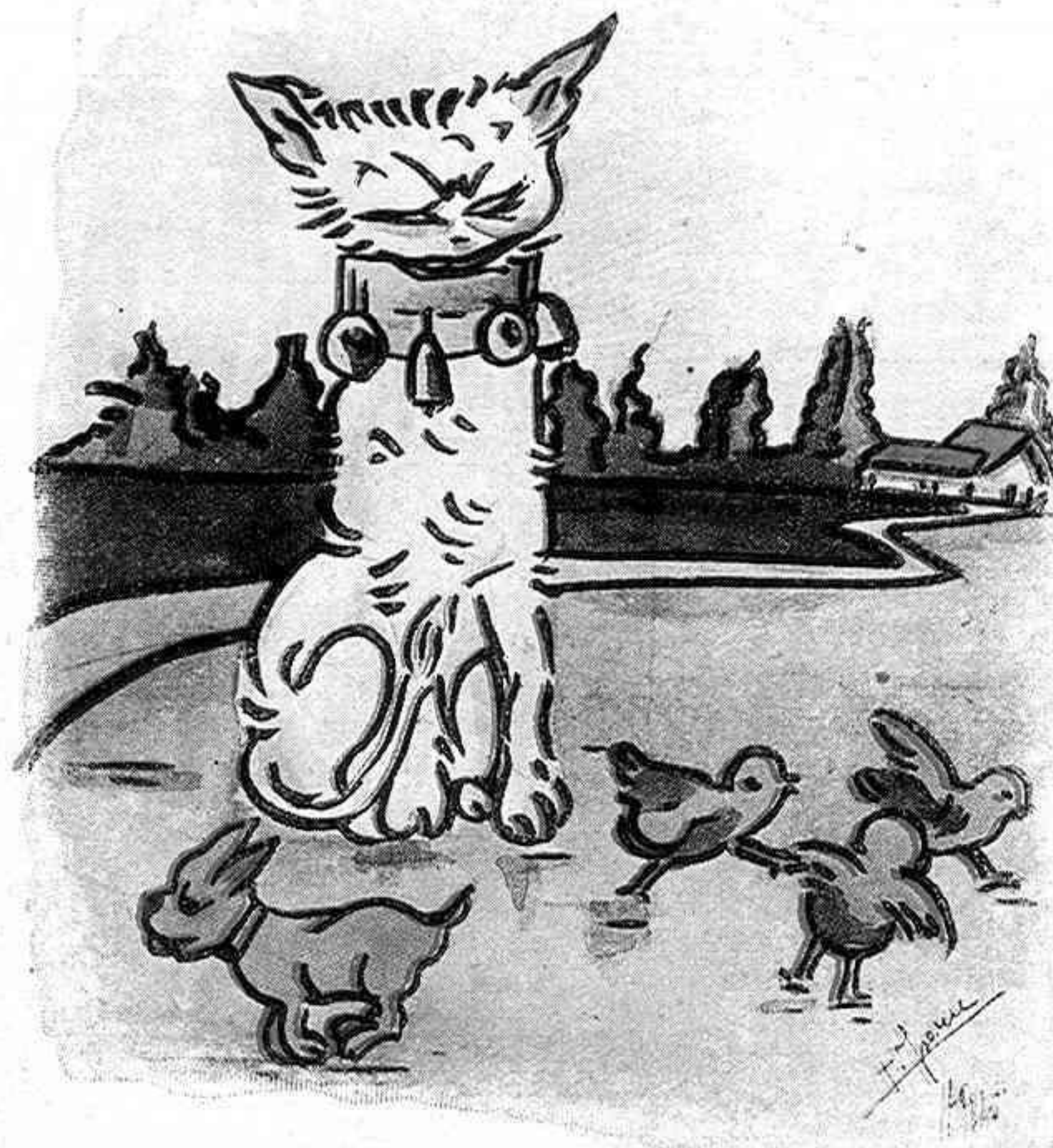
Prolongan en la imaginación del niño el entusiasmo de los juguetes. Sostienen en ella la sensación de un mundo regocijado y feliz, en que los seres y las cosas fueran creados para su esparcimiento.

Técnicamente, el señor Isern, domina los secretos de su arte, en una fina y sutil aristocracia para la elección de tonos.

Gradúa éstos, armonizándolos en combinaciones plácidas y agradables. Estiliza las figuras con plena conciencia de los modernos aspectos decorativos.

Al mismo tiempo, son la obra de un excelente caricaturista llamado á obtener grandes éxitos.

S. L.



ner de sí mismo un concepto elevado. *Baby* sabe, porque se lo dicen con su muda elocuencia muebles, telas, pinturas y juguetes, que la vida para sernos agradable, ha de estar rodeada de cosas bellas. *Baby* se prepara así á contribuir á renovar su patria.

Ved, pues, cómo estos dibujos de Tomás Isern, en apariencia sin otra misión que la frívola de divertir chiquillos, suplen una obra bastante más digna de elogio.



DE LA TURQUÍA ASIÁTICA: LOS KURDOS



Aspecto de un puente de barcas tendido sobre el Tigris, en Bagdad



Un panorama pintoresco del Alto Tigris, en el Kurdistán

La guerra está haciendo recordar muchas cosas olvidadas y está desempolvando muchas vejeces para convertirlas en asunto de actualidad.

Como el conflicto armado que encendió Europa se extiende y se propaga por todo el mundo, no solamente son ya las naciones beligerantes las que atraen la atención, sino que también la reclaman otros países que por lo distantes que se encuentran materialmente del foco del incendio, ó por lo alejados que están en espíritu y costumbres del moderno sentir de las tierras civilizadas, apenas merecían los honores del recuerdo desde hace muchos siglos.

¿Quién, por ventura, traería á colación á los kurdos, si no fuera porque los chispazos de la hoguera que consume á Europa hace fijar los ojos en la Turquía Asiática, como la hizo fijar en otras regiones apartadas en las que nadie suponía que fuesen á alterarse sus primitivas y pacíficas costumbres, por efecto de esta insólita guerra?

Y, sin embargo, esa raza descendiente de los cal-



Kurdos atravesando el Tigris en un keleks cargado de ruedas de molino

deos de Irán, que en remotos tiempos tenía fuerza suficiente para someter á las tribus semíticas que poblaban la cuenca del Tigris superior, es interesante.

De ella nos dicen los historiadores que por efecto de la influencia ejercida por los turco-tártaros, armenios, semitas é indostanes, en sucesivas épocas, ofrece hoy un tipo tan mezclado que apenas pueden apreciarse en él los rasgos que antiguamente lo caracterizaban.

Los kurdos de hoy son altos y fuertes, de contesura varonil; cuya esbeltez hace resaltar la indumentaria musulmana, el turbante ligero con que cubren su cabeza y la túnica de amplias mangas que ciñen sobre las caderas con anchos cinturones.

Estableciendo el más inverosímil contraste con estos gallardos tipos de hombruna belleza, las mujeres, en las que parecería lógico encontrar aquilata-dos esos caracteres de hermosura, y multiplicados sus atractivos por efecto de la viveza, de la dulzura, de la gracia y de la corrección femeninas, son pequeñas, desgarba-

das y feas, y perdonen la descortesía, las apreciables kurdas.

Es verdad que para ellas es el abrumador trabajo que impide todo desarrollo, que aniquila y deforma, puesto que desde niñas pesa sobre su débil cuerpo la fatiga de las domésticas faenas, á la que se une, al llegar á la pubertad, la del rudo tragín propio del hombre, cuya indolencia le impide consagrarse á faenas más fatigosas que el cuidado y vigilancia de su hacienda, dejando para el sexo bello cuanto representa un trabajo duro y penoso.

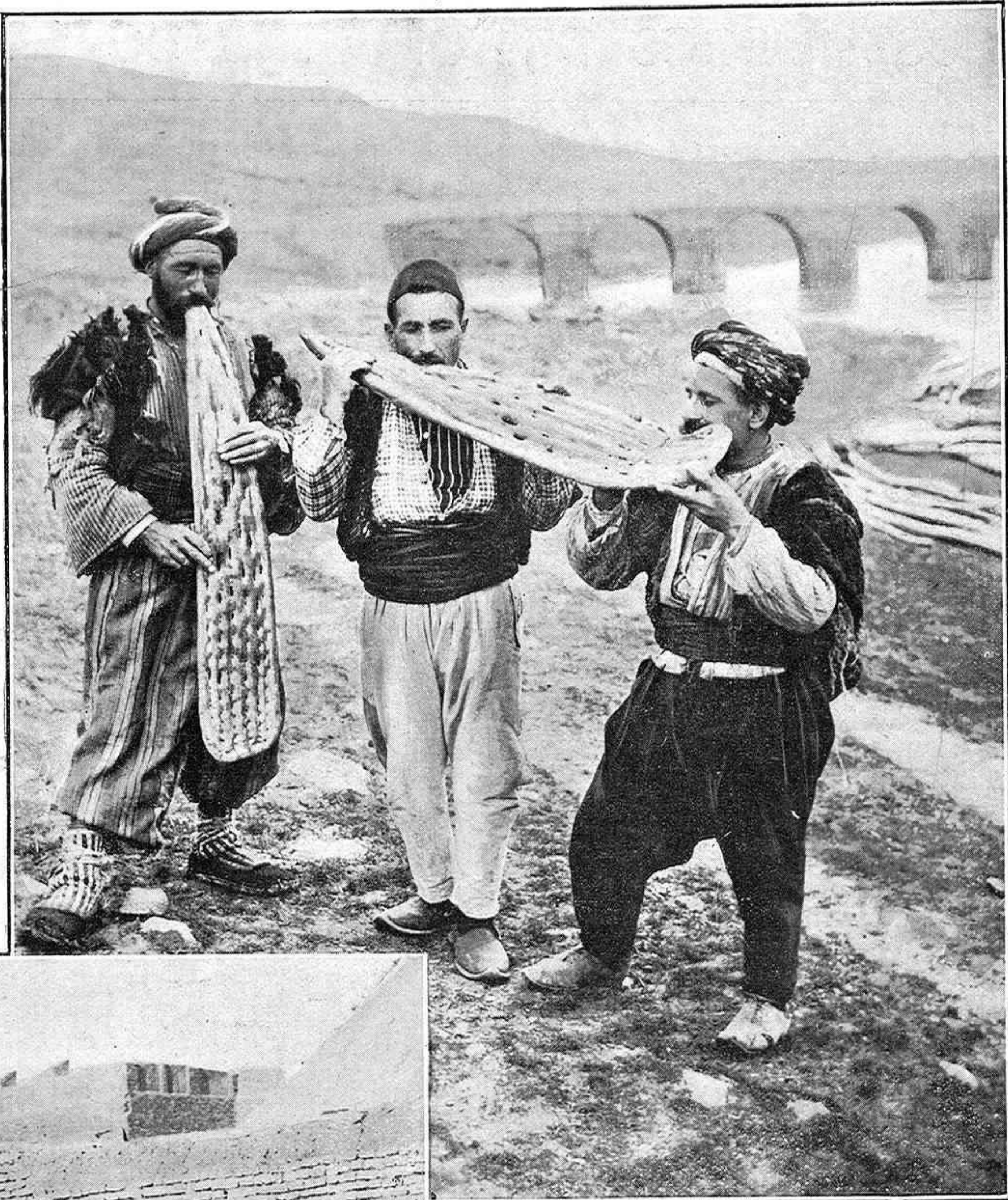
No es de extrañar que por efecto de esta costumbre bárbara, las infelices kurdas sean poco estimables desde el punto de vista estético; pero si aquellos arrogantes varones no tienen motivo para enorgullirse de la belleza de sus mujeres, pueden en cambio presentarlas como ejemplo de utilidad y de conveniencia.

La ocupación preferente de los kurdos ha sido siempre la cría de ganados, cuyo comercio ha constituido su principal medio de vida. Actualmente consagran atención al cultivo de la tierra que en otros tiempos no podía ser de su propiedad y únicamente usufructuaban sus productos mientras satisfacían puntualmente los derechos que les imponía el Estado.

De la lana de sus carneros fabrican tejidos que no solamente les sirven para sus vestiduras sino que venden en el mercado; también son duchos en la fabricación de fieltros y alfombras, que han adquirido fama y se estiman como excelente artículo comercial en muchos países europeos.

La juventud masculina que por no poseer hacienda propia no tiene en qué emplear su actividad, dedícase al pastoreo, cuidando con tal solicitud el ganado que se encomienda á su custodia, que tiene fama en todo el Cáucaso esta disposición especial de los jóvenes kurdos.

Tal género de vida obliga á estar durante el verano en las praderas alpestres, que abandonan al acercarse el invierno para vivir al pie de las monta-



Grupo de kurdos de las orillas del Alto Tigris comiendo pan del que se acostumbra á elaborar en Bagdad



Una escena en el mercado de Bagdad. Permuta de un odre por un borrego
FOTS. UNDERWOOD

ñas, en albergues de piedra, que más que viviendas humanas parecen guaridas de animales.

Desde muy antiguo encuéntranse esparcidos los kurdos por las diferentes regiones del Cáucaso, siendo Rusia uno de los territorios que los alberga en mayor número.

Son curiosos algunos pormenores de la vida de las distintas tribus que tan considerable contingente de población prestan á una parte del territorio moscovita.

Era entre ellos el encargado de administrar justicia el jefe de la tribu, quien recibía como recompensa de los servicios que prestaba una cabeza de ganado. Cuando su intervención lograba llevar á feliz término un proyectado matrimonio, entonces, el obsequio de los contrayentes debía ser un buey.

Un anciano de la tribu, al que se denominaba *ruspi*, era el encargado de recaudar los tributos, con el auxilio de otros viejos notables, que también tenían facultad para resolver en asamblea los asuntos de escasa importancia.

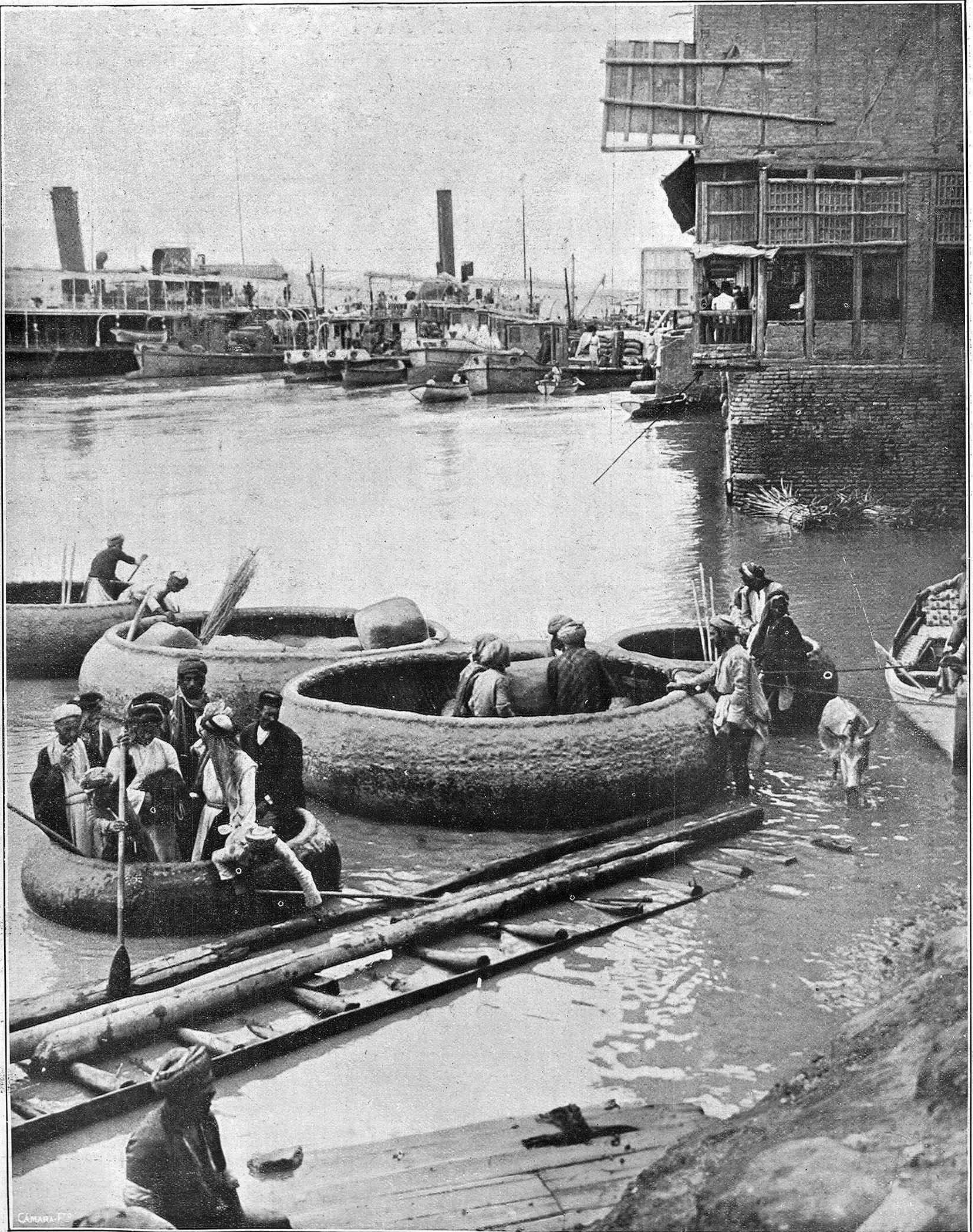
La familia no ha sido nunca, entre los kurdos, modelo de buenas costumbres y de elevados principios de moral, como lo prueba el hecho de estar autorizado el jefe de ella para vender á sus hijas por el precio que estime conveniente, ó para cederlas en matrimonio al que desee contraer este compromiso, mediante la suma que tenga á bien exigir por ello. No hay para qué decir que los sentimientos femeninos no influyen para nada en estos asuntos, ni se toman en consideración, estando, por consiguiente, relegada la mujer á una condición parecida á la de una bestia.

El esposo tenía facultad, antiguamente, para castigar la infidelidad de su cónyuge cortándole la nariz ó las orejas, pero aunque esta brutal represalia ha desaparecido de las costumbres kurdas, aún le reconocen derechos que no armonizan con la moderna civilización.

JUAN BALAGUER



COSTUMBRES PINTORESCAS DE LA TURQUÍA ASIÁTICA



PASAJEROS TRANSPORTADOS EN "KUFAS", CURIOSAS BARCAS CIRCULARES QUE HACEN EL SERVICIO SOBRE EL TIGRIS EN BAGDAD

FOT. UNDERWOOD

LA SIERRA DEL GUADARRAMA



Serrano de Miraflores de la Sierra



Serrano de El Escorial

FOTS. BRIZ

EL Doctor Hernández Briz, en un folleto que ha publicado con el título de *Indicaciones del clima de Guadarrama y sus alrededores*, dice, entre otras muchas cosas que demuestran su erudición y competencia científicas, que los niños se tonifican y vigorizan y las defensas orgánicas activadas destruyen los focos latentes de tuberculización, consiguiéndose este triunfo de la Medicina llevando a los infectados de la semilla tuberculígena al sanatorio que la Naturaleza nos ha creado en la sierra de Guadarrama.

Ni en Suiza, ni en el Norte de Italia, ni en parte alguna de Europa, existe paisaje, estación veraniega, ni lugar de expansión de la gente *smart* y del mundo *chic* que reúna las condiciones geológicas, climatéricas, de altura y de luminosidad de nuestra vecina sierra del Guadarrama.

Esta zona, con sus montañas y estribaciones, tiene unos 150 kilómetros de extensión y pertenece a la cordillera Carpeto-betónica. Las aguas de los diversos manantiales que brotan con abundancia en sus vertientes, tienen su origen en el derretimiento de las nieves que durante los meses de invierno cubren las alturas, filtrándose constantemente por terrenos donde predomina el granito y el gneis, resultando la bebida más hi-

giénica y de mejores condiciones de potabilidad que pueda desearse.

La altura en la sierra de Guadarrama llega a medir mil y mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, siendo de notar en estas montañas una especial luminosidad cuya esplendor extraordinaria indica que el Sol brilla y el cielo está despejado durante diez meses del año, resultando una diaphanidad tan intensa en las alturas que en país alguno se da idéntico caso.

El clima es templado y la temperatura media anual es de unos 12°. No llueve en verano, pero, en cambio, las lluvias y nieves abundantísimas en el resto del año, producen una vegetación prodigiosa, siendo la flora de esta región variada, espléndida, exuberante.

Las excepcionales condiciones geológicas, meteorológicas y de altura de la zona de Guadarrama hace que se cultiven en el llano y en la montaña la flora correspondiente a los países cálidos y a las regiones alpinas y si para el reino vegetal reúne el terreno las mejores condiciones de desarrollo y vida, en la misma proporción se puede observar el beneficio de la salud y del vigor físico en la especie humana, pudiendo considerar a la Sierra de Guadarrama

como *Sanatorio natural de primer orden* donde la vida se desarrolla y se afianza prolongándose la edad de sus habitantes a fechas octogenarias, pareciendo que la ancianidad encuentra en estos lugares un ambiente sano y reponedor, pues el gran número de viejos, fuertes y robustos, que se cuenta por estos lugares demuestra que los casos de longevidad no son fortuitos y casuales como ocurre en las grandes ciudades, donde el incesante ruido producido por vehículos de todas clases, por destempladas voces de vendedores ambulantes, las luchas por la existencia, llevan la intranquilidad y el desasosiego a los espíritus más fuertes y ecuanímenes.

Hagan los técnicos enumeración de las diversas enfermedades, en niños y adultos, cuyo remedio se encuentra en los citados lugares, nosotros nos limitamos a consignar que el clima de Guadarrama no tiene contradicción alguna y en dicha zona se ha de encontrar la verdadera panacea de muchas dolencias por amortiguación de la nutrición, cuando las gentes se preocupen y apereban de la existencia de ese sanatorio que la Naturaleza ha puesto al alcance de todas nuestras clases sociales.

MIGUEL SERVET



NOTAS CIENTÍFICAS SATURNO, MARAVILLA DEL CIELO

Fué este hermoso planeta, que luce con brillo plomizo en el cielo, el más alejado de los que conocieron los antiguos.

Representó para éstos el Tiempo y el Destino, y los astrólogos suponían que la presencia del plomizo Saturno en el cielo presidía los acontecimientos más tristes y funestos.

Si como ahora pudieran haberlo contemplado en el campo de los anteojos, sin duda que la belleza sin igual del astro le hubiera redimido de tan poco alegre sino.

Lleva á su alrededor numerosa familia de satélites: Mimas, Encelado, Tetis, Dione, Rhea, Titán, Hiperión, Jafet, Febé y Temis le acompañan y alegran las noches Saturniales, compensando en parte la menor cantidad de luz que del sol llega al planeta, pues el astro de la luz no se ve desde Saturno sino unas 90 veces más pequeño que desde la Tierra.

El año de Saturno tiene 29 y medio aproximadamente de los nuestros, y el día dura allí unas diez horas y catorce minutos. Véase pues, que el año en Saturno constará de unos veinticinco mil días. Añádase á lo dicho que diez lunas voltean á su alrededor y podrá formarse idea de lo complicado que ha de ser el calendario Saturnal. No debe ser empresa fácil su formación.

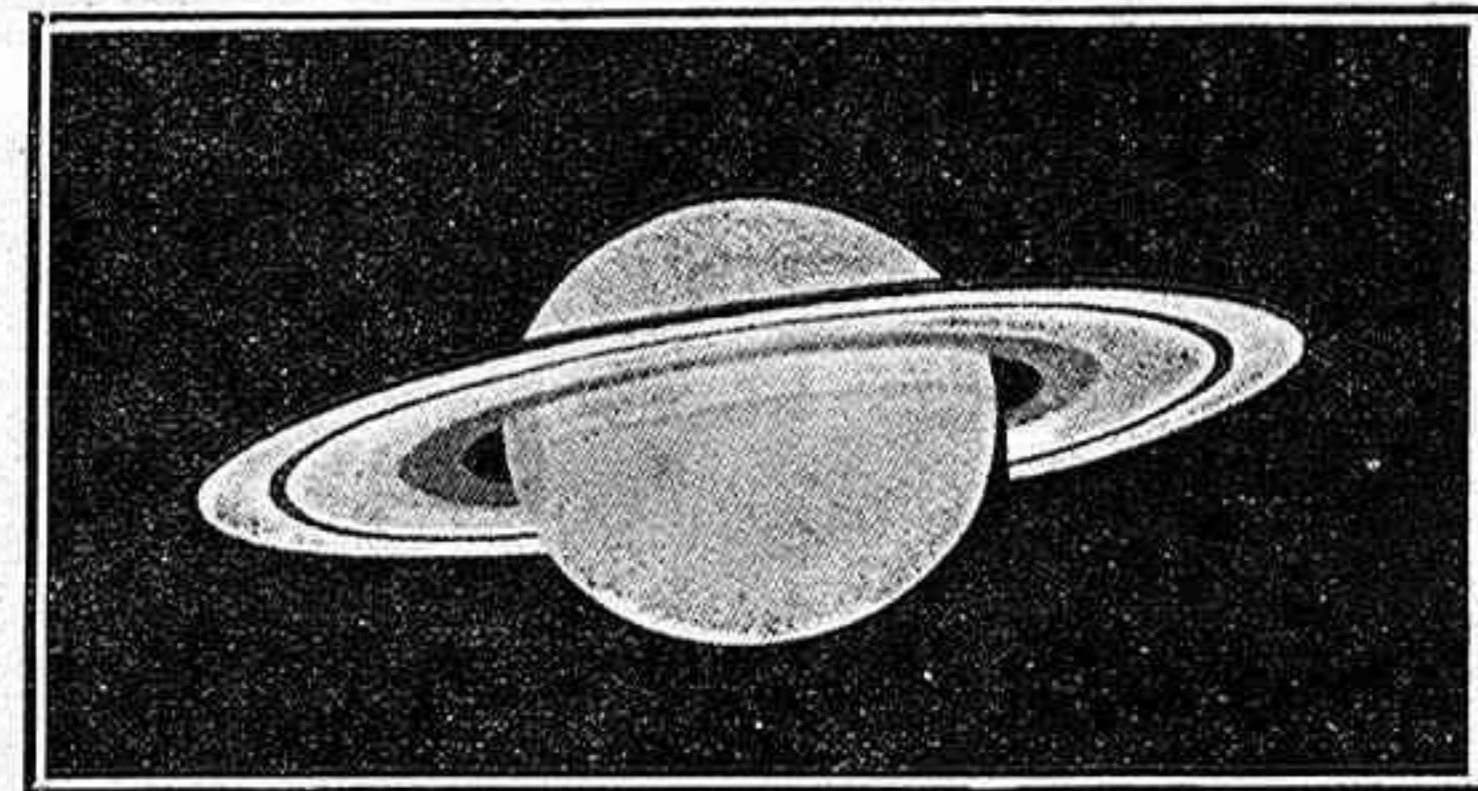
Como la inclinación del eje del planeta sobre su órbita es análoga á la nuestra, se deduce que las estaciones se sucederán de modo análogo al que en la Tierra guardan.

La atmósfera es densa en el planeta que nos ocupa, y quizá más apta para evitar el enfriamiento por radiación al espacio, con lo cual queda compensada la menor cantidad de calor que el planeta recibe.

Pesan los objetos menos que en la Tierra; pero como al parecer la densidad es siete veces más pequeña, en este aspecto parece que Saturno presenta

bastante analogía con nuestro mundo. De propio intento hemos dejado para lo último hablar de la singularidad más notable que nos ofrece Saturno. Alrededor del planeta se aparece un resplandeciente anillo que los modernos telescopios han descompuesto en tres partes: Las dos primeras, las más exteriores, divididas por la separación de Cassini, así llamada en memoria del astrónomo que logró verla por primera vez; y un anillo interior, menos brillante y transparente, conocido por el anillo de Bonel.

Si estos anillos, que cual alas de colosal sombrero rodean al planeta fuesen gaseosos,



latorio. Porque todo este enjambre de corpúsculos en infinito número gira también en derredor del planeta, pero algo más velozmente que éste.

Durante medio año Saturnal, si hay habitantes en el planeta, podrán contemplar el más bello espectáculo que la imaginación pudo soñar. Pues además de las inmensas lunas que iluminan sus noches, un gigantesco arco derramará á torrentes la luz solar sobre la mitad del planeta, y otro medio año dulcificará las noches del hemisferio opuesto.

En la cosmogonía de Laplace estos anillos marcan el estado intermedio de formación de los mundos, y por ser ejemplo único en el cielo que confirma esta teoría es más digno de estudio el caso de Saturno.

Desprendida, en efecto, por la fuerza centrífuga de la masa del sol ó de un planeta, la materia, ha debido formar anillos alrededor del astro mayor. Y dentro de estos anillos las distintas velocidades de las partículas en la circulación, las agrupó, primero, en núcleos que fueron captando al resto de la substancia por atracción material, hasta formar el astro independiente planeta ó satélite.

El astrónomo Huygens fué el primero que descubrió

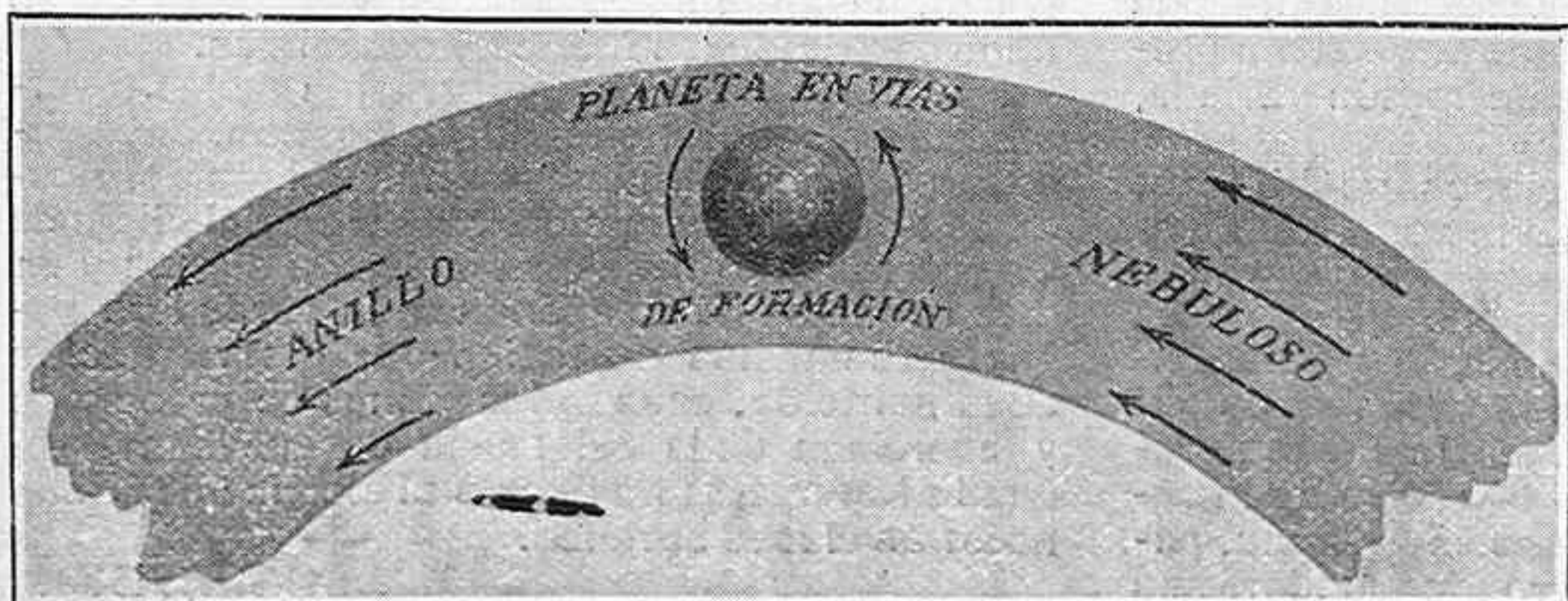
los anillos de Saturno; pero ocultó el descubrimiento, imitando á Galileo en la siguiente combinación á letras:

aaaaa, cccc, d, eeee, g, h, iiiiii, mm, nnnnnn nnn, oooo, pp, rr, q, s, tttt, uuuu.

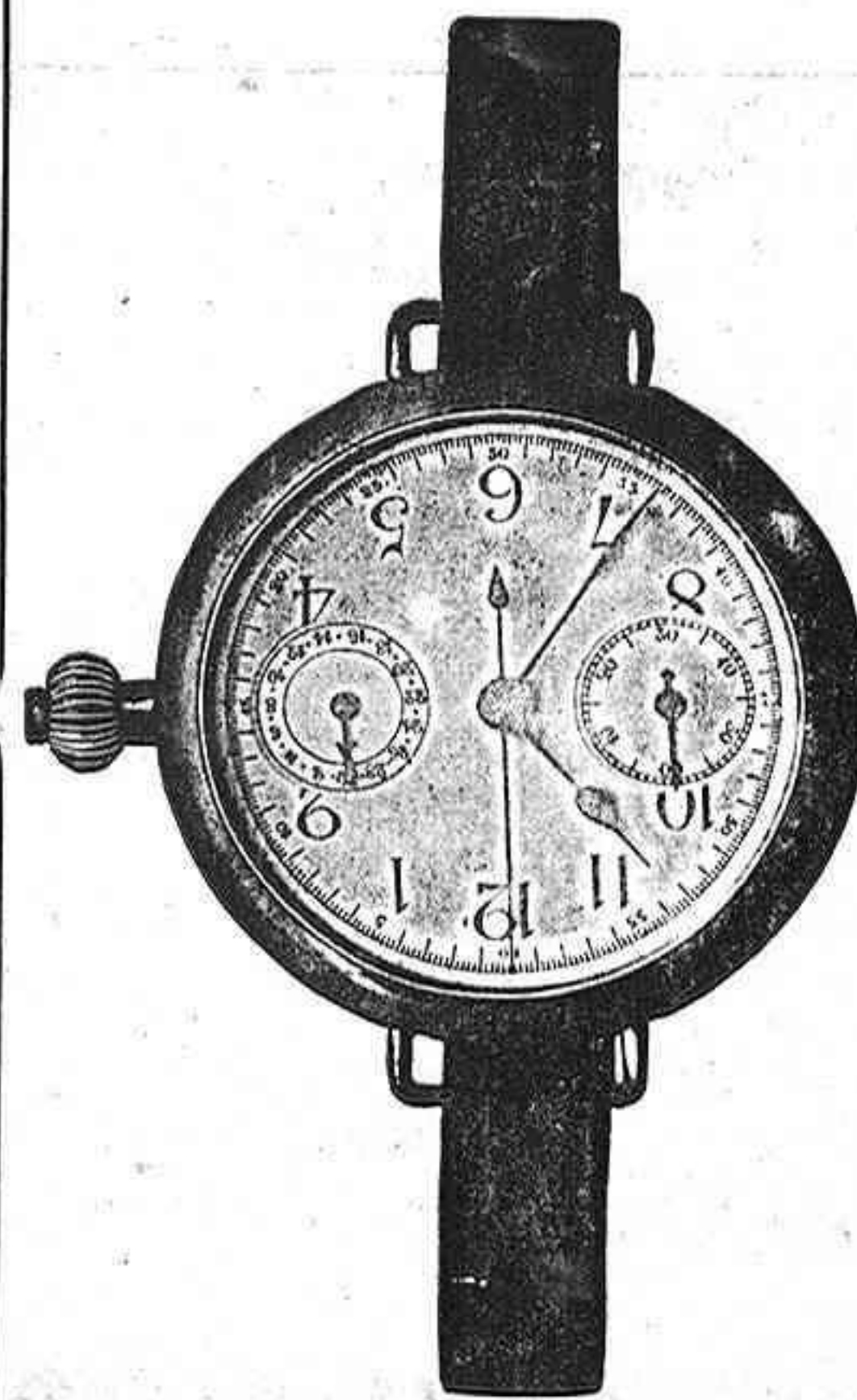
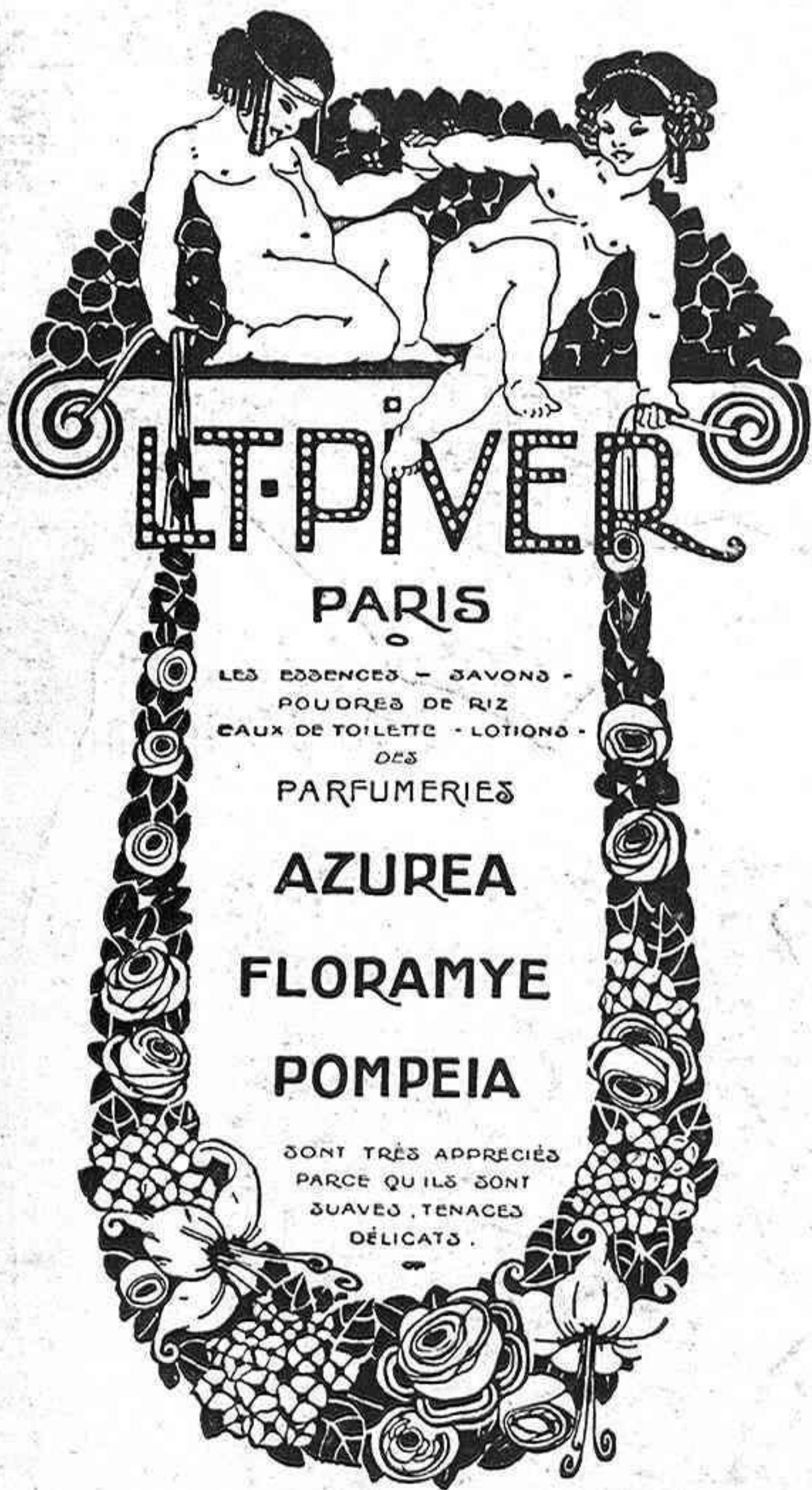
Así, dispuestas las letras, nadie consiguió agruparlas convenientemente para que se hiciera patente el descubrimiento, y sólo tres años más tarde lo explicó así el propio Huygens:

«El está rodeado por un tenue anillo, no adherido al astro en ningún punto é inclinado sobre la eclíptica...» ¡Bromas de los sabios!

RIGEL



los hubiera ya aprisionado el astro; si fuesen sólidos ó líquidos, no sería posible su existencia por consideraciones mecánicas; conclúyese, pues, y la deducción la confirma el análisis espectral, que están formados por partículas pequeñas sólidas; pero distanciadas unas de otras é independientes para el movimiento circu-



**Fábrica de Relojes
DE CARLOS COPPEL**

:: MADRID ::
Calle de Fuencarral, 27

**Reloj-Pulsera, especial para
Sport, con cronógrafo y contador
(plata con pulsera de cuero)**

A PTAS. 100

GARANTÍA DE BUENA MARCHA

REMESAS Á PROVINCIAS

K Â U L A K
FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** Gerente: **Mariano Zavala**

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. MASSIP y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica :: y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 :::

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confec-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

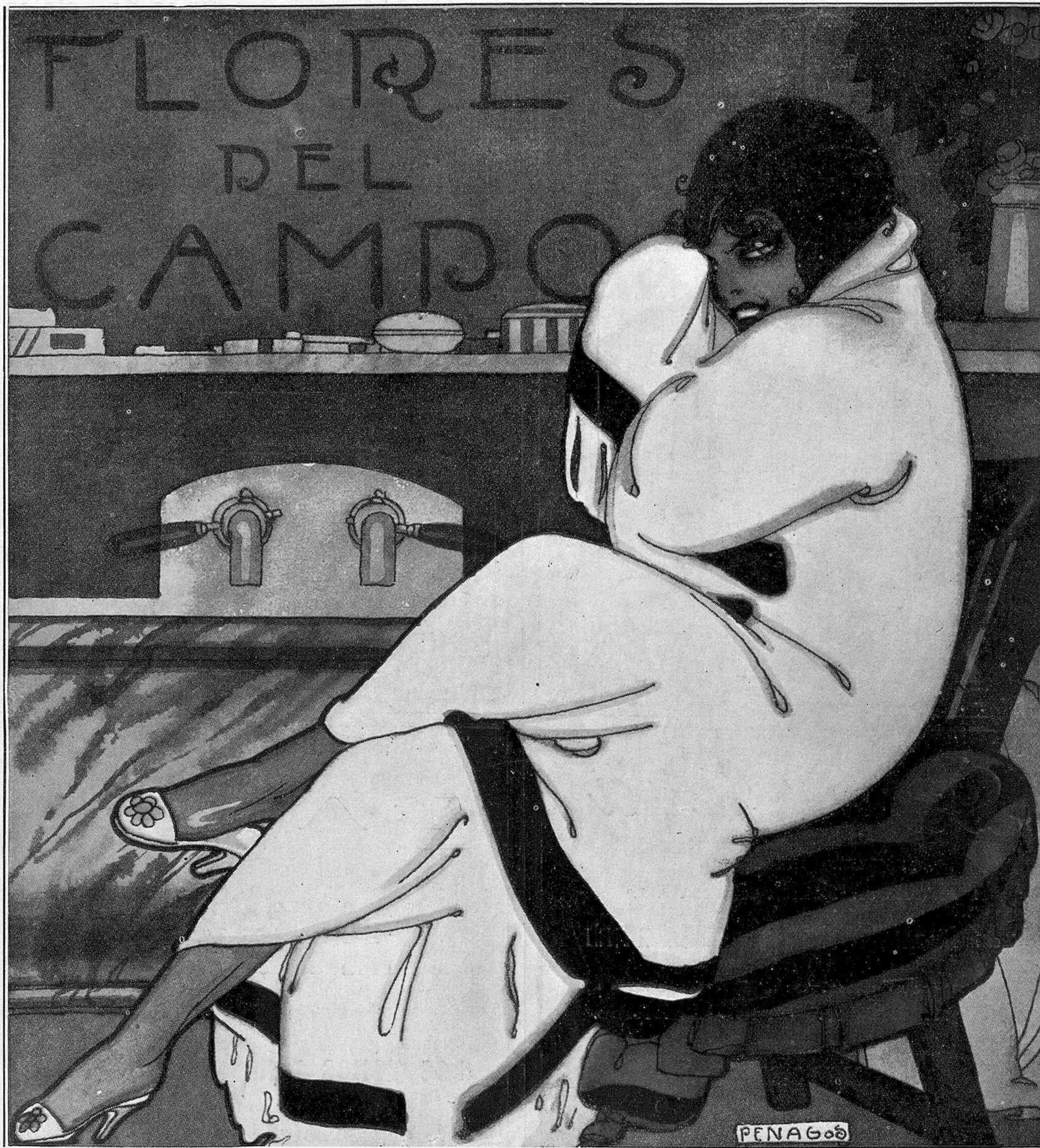
**Á 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre**

SE VENDEN EN LA
ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**
HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado



1 MAY 1915



El Jabón **FLORES DEL CAMPO** es admirable para el baño, saturando el cutis de su perfume admirable y persistente que constituye una verdadera nota de buen tono y elegancia

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS